MARIO ESCOBAR

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

UN NUEVO CASO DE LA INSPECTORA GITANA

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Mario Escobar

Copyright © 2022 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A todas las minorías visibles e invisibles que sufren los prejuicios de los que se creen mejores que ellas.

Gitano. Dicho de una persona: De un pueblo originario de la India, extendido por diversos países, que mantiene en gran parte un nomadismo y ha conservado rasgos físicos y culturales propios[1].

Durante siglos los gitanos han sido discriminados en Europa y en otras partes del mundo, sobre todo por su carácter nómada. En la actualidad se cree que provienen de la India. En España hay aproximadamente 650.000 personas. La mitad de ellos son evangélicos de la denominación Filadelfia. Hace seis años saqué la novela *Canción de cuna de Auschwitz* y me sorprendió el gran número de comentarios racistas que se vertieron contra ellos, y que los medios de comunicación apenas mostrasen interés por el intento de exterminio que sufrieron en el siglo XX en la Alemania nazi y en la España de Fernando VI en el siglo XVIII.

CONTENIDO

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

1ª PARTE: *CHEMSEX*

1. Todo es amor
2. Amor a secas
3. Alí Sierra
4. Celi
5. Sandra Cobijo
6. Cañete
7. La novia
8. La comida
9. Cámara

10. La novia
11. Lucía
12. Cita
13. Cosme
14. La cena

2ª PARTE: Reguetón

15. Pasión
16. La víctima
17. Luces
18. Poder
19. Acción de Gracias
20. Intercambio
21. Hermanas
22. La Cañada Real
23. La salida
24. Decisión
25. Últimas oportunidades

3ª PARTE: BODA

26. En la oficina
27. Preparativos
28. La boda
29. Predicación
30. La venganza se sirve fría
31. Venganza
32. Fuga
33. Aurelio
34. Tomar café
35. Los niños
36. Misericordia
37. Decisiones
38.Vida por muerte
39. Lobo feroz
40. Regreso al convento

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

A los que aman y ven en el odio el peor de los rasgos del ser humano

1ª PARTE: *CHEMSEX*

1. Todo es amor

Barrio de Almagro, Madrid, noviembre de 2022

El piso de Ignacio era uno de los que solían utilizar para sus *chemsex*, él había logrado que se celebrara para todo tipo de tendencias sexuales, además del ambiente homosexual. Aunque la delgada línea de género se había difuminado de tal modo que ya apenas existía la homosexualidad, la bisexualidad, la transexualidad o la heterosexualidad. En la fiesta, sobre todo cuando las drogas habían hecho su efecto, hombres y mujeres se mezclaban en una masa difícil de distinguir. Lo que sí quedaba normalmente inalterable eran las clases sociales. Aquellas fiestas triunfaban entre profesionales, gente de clase alta, empresarios de éxito y políticos, como si aquellos que supuestamente lo tenían todo en la vida fueran los que más lo necesitaban.

Ignacio sabía bien de lo que hablaba, había estudiado con los jesuitas, después se había preparado en el Seminario Mayor y Universidad Pontificia de Comillas en Cantabria. Allí precisamente había perdido la fe, había mantenido relaciones sexuales y sentimentales con varios compañeros y algún profesor, antes de decidirse a servir al único dios que consideraba verdadero, el sexo. Al fin y al cabo, era el único que le proporcionaba placer instantáneo, gratuito y sano, aunque las dos últimas aseveraciones eran muy cuestionables en un *chemsex*.

Las fiestas eran exclusivas, se pagaba una alta suma para ser socio, además de que el consumo masivo de todo tipo de sustancias convertía a los asistentes en un escalafón inferior al animal en su comportamiento.

Ignacio aún se sorprendía al ver a una pareja conservadora, de esas de toda la vida, cuando, tras el consumo de varias sustancias, se convertían en animales en todos los sentidos, como si la fina capa de civilización que todos los seres humanos llevaban dentro apenas necesitara borrarse para dejar salir su instinto o algo peor, una especie de monstruo que todos controlaban, hasta que ya no podían más.

Aquella fiesta que había comenzado dos horas antes se encontraba en su apogeo. Aquello no era una sauna gay, un cuarto oscuro de algún garito de mala muerte, era un piso inmenso en el centro de Madrid; aunque había organizado fiestas en el Ritz o en el Palace, en bosques, playas e incluso iglesias.

Mientras miraba a las parejas revolcarse unas con otras y hacer combinaciones imposibles de cuerpos y espíritus, el hombre se salió un momento a la terraza para fumar un cigarro. Tenía la cabeza totalmente embotada, había tomado GHB/GBL o también conocido

como éxtasis líquido, flakka, speed y poppers. Lo que no entendía era como se mantenía en pie.

Habitualmente no tomaba nada en sus fiestas, pero aquella ocasión había sido especial.

Por lo general los invitados eran anónimos, pero él sí conocía la lista que era destruida tras la fiesta, pues debían conocer a los asistentes por si ocurría algún accidente y había que llevar a alguien a un hospital privado, uno en el que no hicieran preguntas y los expedientes desaparecían tras el alta.

"Marta Sanz, joder, Marta". Se dijo mientras no daba crédito. Aquella chica había sido el amor de su vida, aunque jamás le había dirigido la palabra más de dos o tres veces debido a su timidez. Iban a la misma parroquia del barrio de Salamanca. Para él aquella chica era la diosa del amor y ahora estaba en una de sus fiestas. No sabía de ella desde hacía años. Sus padres le habían contado que la niña, como ellos decían, se había casado con el heredero de la mayor empresa de colchones de España.

En cuanto la vio entrar no supo que decir, creía que ella no se acordaba de él, habían pasado siglos, pero enseguida le hincó la mirada y supo que le había reconocido.

Tomó las drogas como los demás y se convirtió en una bestia sexual sin alma, fue a su encuentro en medio de la oscuridad, la buscó con ansia, como un león a su víctima, pero cuando la vio rodeada de cuatro hombres, de alguna manera, el efecto de la droga se le pasó de repente. Por eso había salido a tomar el aire.

Un hombre semidesnudo se acercó a él, no le había visto antes, su rostro era tan común que sabía que se le olvidaría a los cinco segundos de que se diera la vuelta y se largara.

—¿A ti tampoco te ha hecho efecto? Joder, después de la pasta que he pagado. Ahora tengo a mi novia liada con medio Madrid y yo a verlas venir. Estas cosas solo me pasan a mí y eso que fui yo quien la tuvo que convencer.

Ignacio le ofreció un cigarro y lo comenzaron a fumar mientras veían pasar gente por la calle de Fernando VI, justo enfrente del majestuoso edificio de la Sociedad General de Autores, el palacio Longoria.

—Mi vida es como la de Fernando VI precisamente, un pegote entre Felipe V y Carlos III.

Ignacio no decía ni palabra, se limitaba a escuchar. Soportar a los clientes era parte del trabajo.

—¿No tienes algo más fuerte?

—Toma esto —le dijo entregando mefedrona, una de las drogas más de moda.

—Gracias, estáis en todo.

—Si esto no te funciona, ve a un médico —dijo Ignacio mientras tiraba la colilla a la calle. Después él mismo se tomó un poco y entró de nuevo en la fiesta.

Algo menos de una veintena de personas se retorcía por el suelo, por los sillones y cada rincón del salón. Cuartetos, tríos, parejas solitarias, voyeur y una especie de sexteto. Ignacio buscó a Marta con desesperación de nuevo, pero no estaba allí.

Se acercó a un mulato que había estado con ella unos minutos antes.

—¿Dónde está la rubia?

El hombre le apartó la mano de su brazo.

—¿Dónde está la chica?

El mulato señaló la puerta.

—Se fue con alguien, con esta luz no podría decirte.

Ignacio que únicamente llevaba puesto unos calzoncillos Versace negros se dirigió al largo pasillo, los participantes tenían prohibido separarse del grupo, aquello era una orgía, no una fiesta de parejitas. Miró en las tres habitaciones y los dos baños, pero no vio a nadie.

—¡Joder! ¿Dónde se han metido?

Abrió la puerta y miró el rellano, estaba vacío, pero tuvo un mal presentimiento. Su piso estaba en la última planta y un tramo de escaleras llevaba a la azotea, donde antiguamente los vecinos tendían y ahora se reparten varias mesitas y tumbonas para tomar el sol. Abrió la puerta, las lucecitas iluminadas con placas solares estaban encendidas, la terraza parecía despejada, pero desde una tumbona le pareció ver unos dedos. Se acercó, hacía frío, aunque no demasiado para aquella época del año, estaba haciendo un otoño realmente cálido.

Cuando estuvo más cerca vio el perfil de la mujer, por un momento pensó en darse la vuelta y largarse, había cosas que era mejor no ver. Imágenes que se quedaban para siempre grabadas en tu memoria y, lo que era peor, en tu alma.

Se adelantó unos pasos y se giró lentamente. La cabeza de Marta estaba caída a un lado, estaba completamente desnuda, a pesar de sus cuarenta y cinco años tenía un cuerpo perfecto moldeado en el gimnasio, un pequeño *piercing* en el ombligo, el vello púbico casi rasurado por completo. No le hizo falta mirarla a los ojos para saber que estaba muerta.

2. Amor a secas

Adela Palazuelo nunca pensó que pudiera superar la muerte de su hermana, pero el ser humano, para bien o para mal, es el único ser

capaz de enfrentarse a sus peores temores y frustraciones y encontrar un camino que seguir. Aunque su vida estaba llena de sorpresas últimamente: tras la jubilación de su compañero Alfredo Cañete, llegó un nuevo inspector desde Bilbao, llamado Santiago Arteaga, un vasco de pura cepa, un poco tímido y algo flacucho.

El primer día que la inspectora gitana le vio entrar por la puerta no le prestó mucha atención. Tenía el pelo castaño y rizado, una sonrisa inocente, ojos marrones y pequeños, algo barbilampiño, algo más alto que ella, pero no mucho, y voz algo aflautada. Nada que ver con los cavernícolas que normalmente se encontraban en la Comisaría General de Policía Judicial. La sorpresa fue cuando lo nombraron su compañero, el comisario sabía que ella ya estaba bregada en muchos casos y era la inspectora estrella de Madrid, no había nadie mejor para espabilar al novato.

Tras un mes con su nuevo compañero no pudo evitar enamorarse de él, pero no le había dicho nada. Santiago parecía concentrado en su carrera, había intentado convertirse en forense, pero no había podido y, aunque no era un hombre de acción, contra toda lógica había superado por los pelos las pruebas físicas y después, siendo uno de los mejores, las pruebas de conocimiento.

—¿Qué hace un vasco aquí? —le había preguntado Marcela, la argentina, y el muchacho se había limitado a sonreír y encogerse de hombros.

Adela no podía dejar de pensar en su nuevo compañero y, aunque pudiera parecer extraño, echaba un poco de menos a Cañete. Lo cierto es que le había salvado el culo en varias ocasiones.

El comisario Peral los llamó al despacho. Santiago y Adela saltaron como un resorte de sus escritorios y se dirigieron a la única habitación que había en el amplio salón. Todos trabajaban juntos, escuchando las bromas y tonterías de los veteranos, las conversaciones telefónicas y el murmullo típico de cualquier oficina.

—Inspectora Palazuelo e inspector Arteaga, la policía nos acaba de pasar un caso. Sospechan que estemos ante un asesino en serie.

Los dos miraron sorprendidos al comisario antes de tomar asiento.

—¿Cómo es posible? —preguntó Adela—. En España apenas ha habido asesinos en serie.

—Pues parece que ha terminado la buena racha. Antes tampoco había bandas latinas, tráfico de armas o redes de narcos en el sur del país. Las cosas cambian, a veces para mal. El país está patas arriba, los políticos tirándose puñales, los camioneros dando por culo y todo el gallinero revuelto. Cada vez hay más locos por ahí sueltos.

—Los psicópatas no son locos, comisario —dijo Santiago levantando el dedo como si estuviera en el colegio.

—Entonces, ¿qué son?, ¿hermanitas de la Caridad del Cobre?

Santiago no entendía las ironías, pensaba que las cosas eran ciertas o falsas, blancas o negras, su mente no procesaba el sarcasmo. Su familia era de estrictos principios éticos y morales, pertenecían a una familia de músicos muy conocidos y respetados, pero Santiago era el único que no había seguido la estela familiar, para disgusto de padres y abuelos, aunque al final le habían apoyado en su decisión. Pero lo que no les gustaba tanto es que se hubiera ido a vivir a la capital, un lugar contaminado y seco, lejos de la familia y de los pucheros de la "amona".

—Los psicópatas son muy complejos, antes se pensaba que eran narcisistas extremos con altas capacidades intelectuales, sin sentimientos y manipuladores por naturaleza, pero ahora las cosas se ven de otra forma. Algunos rasgos son comunes, como su comportamiento antisocial, carácter desinhibido, cero empatía y una falta total de conciencia, no me refiero a que no sepa distinguir el bien del mal, pero el psicópata nunca se arrepiente de nada.

—El niño es la Wikipedia del cuerpo —bromeó Adela, mientras lo miraba con una mezcla de admiración y cariño.

Santiago sonrió.

—Bueno, no sé si hay un psicópata en Madrid, pero sí un asesino en serie —zanjó el comisario.

Les pasó un informe y los tres comenzaron a leer.

—Hace dos meses y medio apareció muerta una chica de veinte años en su piso, Carmen Martín, estudiante de un máster de Comercio Internacional. Estaba desnuda y al parecer murió de una sobredosis.

Los dos le miraron confusos.

—No se mata a la gente con una sobredosis —dijo Adela.

—Eso pensaron los agentes que redactaron el informe y creyeron que se trataba de un accidente. Ya saben que algunas parejas se ponen cocaína en sus partes, pero esta joven tenía una bola de cocaína. Al parecer el efecto comenzó en tres minutos, la dosis fue tan alta que la chica rompió a sudar, se le aceleró el ritmo cardiaco, y le subió la tensión arterial. La primera víctima se deshidrató y después sufrió un fallo cardiaco. Todo el mundo creyó que se trataba de un accidente. Un mes y medio más tarde apareció una mujer de treinta años, se llamaba Lucía Luengo, era farmacéutica, por lo que debía saber lo peligrosa que era esa práctica, pero murió de lo mismo en su apartamento. Anoche murió la tercera, Marta Sanz, una mujer de cuarenta y cinco años, abogada de éxito casada con un famoso empresario, al parecer los dos fueron a un *chemsex*.

Adela frunció el ceño.

—Creía que solo se practicaba en la comunidad gay —dijo Santiago.

—¿Cómo coño sabes qué es eso?

—Ya te conté que tengo un problema, recuerdo todo lo que leo y paso cinco horas al día haciéndolo. Cayó en mis manos un artículo sobre la proliferación de esas orgías con drogas por España. Hace unos meses el Área de Seguridad y Emergencias de la ciudad de Madrid puso en marcha un plan de concienciación, en lo que va de año varias personas han muerto de sobredosis y otros muchos han contraído enfermedades venéreas y VIH.

El comisario Peral miró a la inspectora.

—Espero que sea tan bueno averiguando quién es el asesino.

—¿Por qué piensa la policía que se trata de un asesino en serie? Son mujeres de diferentes edades, aspecto, clase social, zona de Madrid. ¿Qué las unía a las tres?

El comisario cogió su teléfono móvil, lo abrió y les mostró la pantalla.

—Esto —dijo mientras los dos acercaban la cara.

—¿Tiene una aplicación de citas? —le preguntó Adela a su jefe. Este carraspeó y guardó el teléfono.

—Me bajé la aplicación esta mañana para ver cómo eran. De todas formas, soy viudo…

El comisario enrojeció por unos instantes.

—Vayan a la casa donde sucedieron los hechos en el barrio de Almagro, justo enfrente del palacio de Longoria.

—El palacio de Longoria… —comenzó a recitar Santiago, Adela le tapó la boca con la mano.

—No empieces de nuevo, por Dios santo.

3. Alí Sierra

Alí Sierra había llegado a esa edad en la que un chico de barrio tiene que sentar la cabeza. Era el príncipe de los mendigos, al menos a él le gustaba que le llamaran así. Con su ejemplo había demostrado cómo se podía triunfar en la vida con un poco de tesón y ganas. Para la gente como él la sociedad no ofrecía demasiadas oportunidades a no ser que te dedicases a estudiar, pero Pan Bendito no era el mejor lugar del mundo para hacerlo. El fracaso estaba a la orden del día y si fuera del barrio la deserción en la escuela era alta, allí eran más los que dejaban el colegio antes de terminar la secundaria que los que continuaban.

Alí había dejado los estudios y su madre Lola le había insistido para que terminase el último año de secundaria, pero el joven no encontraba ningún sentido a la escuela. Era muy inteligente, más que la media, pero los libros no estaban hechos para él. Llevaba desde los doce años entrenando en un gimnasio cercano a su casa, uno dedicado

al boxeo, que aunque, como el toreo en España, perdía cada vez más seguidores, en Pan Bendito y otros barrios populares continuaba siendo el deporte estrella.

Muchos chicos aprendían boxeo como una forma de autodefensa, muy pocos lograban convertirlo en una salida profesional, además, era por todos conocido que muchos profesionales quedaban medio grillados por los golpes en la cabeza.

Alí tenía un buen gancho y su entrenador se dio cuenta enseguida. Nacho, el argentino, un tipo bien encarado que no parecía encajar en un gimnasio de barrio como aquel, se comprometió a entrenarlo. Muchos decían que había huido de Buenos Aires perseguido por la mafia y que ahora se escondía en Pan Bendito, pero el viejo gaucho conocía todos los trucos para convertir a un boxeador en una estrella.

Alí Sierra luchó en los pesos wélter, le costó más de cien combates conseguirlo, pero al final se hizo con el cetro. También compitió en torneos europeos en la disciplina de artes marciales *y Full Contact*.

El padre de Alí, Sadam Arif, era de origen iraquí, había escapado de las guerras de su país y se había casado con una gitana de Pan Bendito. Cuando él todavía era pequeño los abandonó para irse a América y desde entonces le había criado su abuela Pilar. El tío Cosme conocía bien a la familia. La abuela iba a la iglesia y había llevado al chiquillo en numerosas ocasiones, aunque a la madre no le gustaba nada la iglesia filadelfia.

Sali Dúrcal, la novia de Alí y a la que todos llamaban la Kardashian, era una de las chicas más buenas de la iglesia, pero ahora que era novia del chico más conocido de Pan Bendito no se la veía nunca por la iglesia.

Alí se miró en el espejo, ahora que era el rey del reguetón y que nadaba en la abundancia parecía que nada podía oponérsele, aunque sabía que había algo en su pasado, en su etapa como boxeador que podía salpicarlo en cualquier momento y ese momento estaba a punto de llegar.

—¿Qué te pasa cariño? Te veo muy pensativo —le preguntó Sali que no dejaba de mirarse en el espejo sus nuevos labios. Ella los veía perfectos, pero en la prensa rosa no dejaban de comentar que eran demasiado bastos y gruesos.

—Cosas del trabajo.

Los dos vivían en un dúplex gigantesco justo en el límite del barrio, tenían dinero suficiente para hacerlo en La Finca, la zona más exclusiva de Madrid, pero no querían separarse demasiado del barrio. Allí tenían a su gente y los bares en los que seguían parando, nada en el mundo podía sustituir eso.

—No me andes con cuentos, a ti te pasa algo. ¿Es por la boda? Sé que no te gustan esos saraos, pero piensa que es una fiesta más,

simplemente que en esta nos vestimos los dos de gala. Con lo que le ha costado a mi madre convencer al pastor Cosme para que nos case.

—El tío Cosme nunca me ha tragado.

—Hombre, muy cristiano nunca has sido. Hasta el nombre es pagano —bromeó la novia.

—Es lo único que hizo mi padre por mí, ponerme el nombre y después desapareció para siempre.

Sali sabía que aquel tema era complicado y decidió cambiar a otro más propicio.

—Venga, te hago una mamadita y así te quito el estrés. Que además no dejas de mirar cómo van las descargas del último sencillo. A veces pienso que no te crees que eres el cantante más escuchado de España.

Alí, que estaba sentando en el salón mientras jugaba a la *play,* vio cómo su novia se ponía a cuatro patas y se dirigía hacia sus calzoncillos. Antes de que llegara a bajárselos con los dientes ya estaba completamente empalmado.

—Ya sabía que necesitabas que te sacase filo al sable.

Alí cerró los ojos e intentó olvidar todos sus problemas, que en el fondo se resumían en uno: aquel maldito mensaje de texto que le había llegado al móvil y que amenazaba con llevarse a su Sali si no pagaba un millón de euros el día antes de la boda. Podía tratarse de una broma de mal gusto, él tenía sus contactos, sus amigos, muchos de ellos metidos en el mundo de la mafia, pero no quería acudir a ellos. Tenía varios guardaespaldas, un sistema de seguridad cojonudo en su casa y un coche blindado, pero no podía dejar de imaginar a su chica en manos de un cabrón peligroso. Además tenía un mal presentimiento, una cuenta pendiente de su etapa como boxeador, de esas que únicamente se pagan con sangre. Se estremeció al notar la lengua y después todo fue placer y olvido.

4. Celi

Perder a un marido y a una hija puede dejarte el alma vacía y sin fuerzas, pero Celi sabía descansar en su fe. De alguna manera era consciente de que todos estamos aquí de paso y que lo único de lo que podíamos estar seguros era de que cuando nos llegaba la hora, nadie podría resistirse. Al menos le alegraba ver más contenta a Adela, parecía que había renacido, sobre todo desde la llegada de su nuevo compañero Santiago.

Hoy había quedado en que iría a comer cuando terminase un asunto en el centro, la chica le hacía mucha compañía, la verdad, pero Ana había sido siempre la que había estado a su lado, con la que había ido

a comprar ropa, le había contado sus amoríos y había compartido sus intimidades. Su hija mayor era más reservada, por eso le había impresionado que le hubiera hablado del nuevo compañero.

Llamaron a la puerta y pensó que se trataría de su hija o de Cosme, al que también le había invitado a comer, pero para su sorpresa era la madre de Alí Sierra.

A Lola la conocía desde que eran mozas, aunque nunca habían congeniado mucho. De joven fue la típica adolescente que iba a comerse el mundo y este terminó por comérsela a ella. Primero con aquel novio musulmán tan galante y guapo, que había abierto un kebab en el barrio y más tarde con su hijo.

—Hola Celi, ¿podemos tomar un café?

La mujer le franqueó la puerta y las dos mujeres se sentaron en la mesita de la cocina para tomar algo. Celi sacó las magdalenas que había hecho con la termomix y esperó a que Lola le dijera para qué había ido hasta allí.

—Te preguntarás qué me trae por tu casa. Quiero agradecerte porque sé que has intercedido para que Cosme casara a los niños.

—Me lo pidió tu madre y lo que Pilar necesite siempre estaré dispuesta dárselo si está en mi mano.

La mujer frunció el ceño, como si la contestación llevase implícito que ella no era del mismo talante y lo cierto es que no lo era. Siempre había hecho de menos a las que iban al culto.

—Gracias otra vez, pero ahora soy yo la que tengo que pedirte otro favor. La lista de invitados se ha disparado y no entraríamos en la pequeña capilla de la iglesia.

Celi frunció el ceño.

—Por eso hemos pedido a la parroquia de San Sebastián Mártir que nos cediera el local, el párroco ha accedido.

—Eres una lianta, esto huele a tus artimañas.

—Venga Celi, va a ser la boda del siglo y ese cuchitril la desluciría, por no hablar de que la televisión y la prensa van a presentarse, no hay sitio ni para las cámaras.

—No creo que mi cuñado permita que haya cámaras, si queréis un espectáculo ir de nuevo a Tele 5.

Lola se puso en pie y señaló con el dedo a la mujer.

—Sigues siendo una estirada, la viuda del santurrón pastor de la iglesia. Siempre os habéis creído mejores que los demás.

Celi hizo un gesto de sorpresa y se puso en pie.

—¿Llevas ropa de diseñadores de alta costura en Pan Bendito y yo soy la estirada? Mira, pienso en tu madre y en Sali, que es una buena chica, por eso se lo diré a mi cuñado, pero por ti no movería ni un dedo. Ahora vete a tomar el fresco.

La mujer se dirigió a la puerta y la cerró con un portazo, mientras se

marchaba resoplando por la escalera abajo, Celi comenzó a sentirse mal, tuvo que sentarse, llevaba unos meses que le daban unos fuertes pinchazos en el pecho, respiró hondo y esperó a que se le pasara. Tenía que acabar la comida antes de que llegase su hija. Recuperó el resuello y se puso a cocinar, tenía que tomarse las cosas de otra manera, no merecía disgustarse por tan poco, se dijo mientras ponía alabanzas en el teléfono y comenzaba a cantar.

Adela se sentía una chiquilla cuando estaba a solas con Santiago, no había experimentado nada así desde la adolescencia. Le sudaban las manos, se le secaba la boca, no sabía de qué hablar, sentía cosquillas en la boca del estómago y se le ponía expresión de boba cuando su compañero comenzaba a hablar.

—Para ser mi primer caso no está mal. Un asesino en serie. ¿Sabes cuál fue el último que hubo en Madrid?

—No —dijo la mujer sin poder evitar su mirada obnubilada.

—El matamendigos le llamaban, estuvo seis años matando, pero como todas sus víctimas eran personas sintecho, parece que nadie las echaba en falta, hasta les cortaba la cabeza.

—¡Qué horror!

—He hecho los cálculos, sabes que en los últimos quince años ha habido más asesinos en serie en España que en todo el siglo XX y es una tendencia que va en alza. El más famoso fue el asesino del naipe, un exmilitar de Ciudad Real, muchas de sus víctimas eran de la zona del aeropuerto porque trabajaba por allí.

—Si te soy sincera prefiero a los asesinos normales, no me hacen mucha gracia estos locos.

—No están locos. Ya se lo expliqué al comisario.

—Entonces, ¿qué les pasa?

—¿Quieres saber mi teoría?

El coche se acercaba a Alonso Martínez, podían aparcar en casi cualquier lado al ser policías, pero no había huecos libres. La ciudad se encontraba atestada de coches y gente.

—Algunos psicólogos y psiquiatras modernos piensan que los psicópatas no son tan malos para la sociedad. A veces los países, las empresas y hasta las familias necesitan a alguien que no empatice tanto, pero que sea capaz de tomar las decisiones adecuadas. ¿Me comprendes? Los psicópatas simplemente son malos, vinieron así de fábrica.

La mujer frunció el ceño.

—Entonces, si es genético, es una especie de defecto neuronal…

—No, me he explicado mal. En el fondo el mal es la ausencia de

empatía —comentó Santiago.

Adela no parecía muy convencida, ella había visto muchas veces el mal y era algo aún más aterrador.

—Entiendo lo que dices, pero creo que es mucho más que eso. No es simplemente que no sienten pena o misericordia por los demás, que les importa poco a nada su desgracia. Creo que el psicópata disfruta con el mal ajeno, en especial el criminal.

Santiago aparcó el coche y apagó el motor.

—¿Crees que los psicópatas reciben alguna especie de satisfacción sexual, de placer cuando hacen el mal? —preguntó el compañero.

—Sin duda, tiene que ver con el mismo placer que produce en otros la violencia, una especie de perversión.

Se dirigieron al piso de Fernando VI y llamaron al telefonillo, subieron en el ascensor y antes de que intentaran tocar el timbre el dueño de la casa les abrió.

—¿Ignacio Rebolledo? —preguntó Adela.

—Sí, pasen por favor, ya sabía que iban a venir.

—¿Le viene bien que le hagamos algunas preguntas?

—Sí, pasen.

Siguieron al hombre hasta un gran salón, que estaba precintado, pasaron de largo y llegaron a una amplia y luminosa cocina.

—¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —dijo Adela.

—Pues ustedes dirán.

El hombre parecía desolado, el rostro pálido con profundas ojeras, los ojos vidriosos, la mirada perdida. No dejaba de apagar y encender cigarrillos.

—¿Cómo descubrió el cadáver? —preguntó Adela y el hombre se tocó la frente, después miró por la ventana de la cocina a la calle.

—¡Joder, la conocía! ¿No es irónico?, por aquí pasan todas las semanas decenas de personas, pero a Marta la conocía de cuando éramos unos chiquillos.

Santiago no dejaba de tomar nota y mirarlo todo.

—¿A qué se dedica?

—Bróker, no necesito hacer *chemsex,* pero me gusta. Desde la pandemia comencé a practicarlo. Un amigo me invitó a una de estas fiestas y me fascinó. Por primera vez en mucho tiempo lograba sentir algo, estaba como un niño la noche de Reyes, pero después me pareció más divertido organizar yo las mías. Aquí no habría limitaciones, no era solo cosa para gais, ahora todas esas fronteras sexuales se han disipado. Todo el mundo parecía pasárselo bien, yo participaba cuando me apetecía o me quedaba mirando, cuando vi a Marta no me lo podía creer.

—¿Qué sabe del hombre que se fue con ella? —preguntó Adela al

dueño de la casa.

—Nada, ni siquiera si era un hombre.

—¿Tiene la lista de participantes? —preguntó Santiago.

—Sí, siempre se destruye tras las fiestas, pero claro, en este caso la hemos conservado.

—¿Cómo llegan hasta usted?

—Una aplicación de citas, pero ahora existe también la opción de participar en eventos.

—¿Cobra por esto?

El hombre miró a Santiago.

—Una especie de alquiler.

—¿Y las drogas?

La pregunta de Adela le ponía en un compromiso. Él las vendía a los que no tenían, pero muchos se las traían de casa.

—Se las traen ellos —mintió—, yo soy un facilitador. La gente se pone en contacto con Grindr, Wapo o Scruff, cuando llega a un tope se para. Aquí está la lista.

Santiago le echó una ojeada, eran simples nombres, por sus cálculos mitad hombre y mitad mujeres. La guardó, tendrían que ponerse las pilas e investigar uno a uno.

—¿Piensa que el asesino eligió a su víctima al azar?

El hombre miró sorprendido a Adela.

—Pensé que se había tratado de un simple accidente. Algún imbécil que le puso demasiada coca en el coño.

—¿Es una práctica habitual en estas fiestas?

Santiago tenía la sensación de que estaba en medio de una partida de tenis y que él era la pelota.

—Yo he probado de todo, pero es mentira que la cocaína aumente el deseo sexual, es cierto que te desinhibe y te hace sentir eufórico, pero es mejor la anfetamina, aumenta la sensación de placer, pero te puedes quedar en el sitio, más de uno ha muerto de un ataque cardiaco.

—Ya veo, pero lo de introducir cocaína en la vagina. ¿Cuál es la intención?

La pregunta de Adela era la que él no dejaba de hacerse, no era un experto en el tema.

—Es una mucosa, hace que te llegue el subidón, pero no soy un experto.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Adela mientras se ponía de pie.

—¿Hay cámaras en el portal?

—Hace tiempo que algunos vecinos las hemos pedido, pero por ahora no.

Los dos inspectores salieron el edificio y miraron al frente.

—Hay tres cámaras, puede que aquella cubriera la calle y parte de la entrada —dijo Santiago señalando al edificio de la Sociedad General de Autores.

—Pues vamos a pedir… ¡Joder, qué tarde! Tengo que dejarte.

—No te preocupes, yo pregunto.

—He quedado con mi madre, pero por la tarde me cuentas.

—Vete, tranquila, ya me encargo yo. No sabes lo solitario y aburrido que es Madrid para un vasco como yo.

—Eso lo tenemos que solucionar, esta noche quedamos y te enseño algunos sitios. ¿Te parece?

—Claro. Mándame la hora y la ubicación.

Adela se dio la vuelta y comenzó a sonreír, se había atrevido a quedar con el novato. No había tenido una cita desde su llegada a Madrid, aunque nunca era tarde si la dicha era buena.

Tomó el metro y se dirigió a Pan Bendito, se puso los cascos y escuchó música, por un momento pensó que el tiempo se había detenido. Se acordó de aquel emocionante concierto con su amiga Susana, de las noches conociendo Madrid, de aquella cría a la que la ciudad le impresionaba, cuando todavía estaba viva Ana y su padre y el mundo parecía un lugar maravilloso en el que vivir. Se sentía de nuevo viva, aquella era la palabra y le gustaba mucho la sensación. De hecho, le encantaba.

5. Sandra Cobijo

Sandra estaba mirando las fechas de los exámenes y comenzó a agobiarse cuando notó el timbre del teléfono. Aquel no era el de Twitter ni Instagram, lo sabía de sobra. Se encontraba recostada sobre la cama, algo aburrida, intentando leer un libro cuando el mensaje se escuchó. Era un poco inexperta en este tipo de aplicaciones, nunca se le había dado muy bien ligar, a pesar de que todos le decían que era bastante atractiva, por eso se había decidido. Si Mahoma no va a la montaña, pues la montaña iría a Mahoma. Era consciente de que en ese tipo de aplicaciones no se hallaba el amor verdadero, pero al menos se conocía gente.

Miró la pantalla, abrió la aplicación y después buscó el mensaje. Era intrigante y romántico.

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;

mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;

mientras la humanidad, siempre avanzando
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;

mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía[2]!

Se quedó boquiabierta. Le sonaba la poesía, pero tuvo que buscarla en Google.

—Claro, Gustavo Adolfo Bécquer, me salió en la EBAU.

Después miró el perfil del chico, se le veía de cuerpo entero pero no

la cara. Camisa de seda negra, pantalón de pitillo, zapatos negros. No parecía ni flaco ni musculoso, aunque sin duda era interesante.

Comenzó a chatear con él, un chico que te escribía poesía en una aplicación de citas era algo tan poco común que no podía dejar pasar la oportunidad.

6. Cañete

La jubilación es para perdedores se dijo el exinspector Cañete mientras arrojaba el mando de la televisión contra el televisor. En el mes y poco que llevaba jubilado había visto las series míticas de HBO, algunas de las mejores de Netflix y Amazon, leído todos los libros que tenía pendientes de Arturo Pérez Reverte, el *Quijote* y hasta el *Ulises* de Joyce. Su vida carecía de sentido, había nacido para sacar mierda de las calles y ahora tenía que conformarse con tirar la basura.

Unos años antes soñaba con un retiro soñado en la playa, en el mes que llevaba jubilado ni había pensado en irse a Benidorm.

Una jubilada de buen ver no le quitaba el ojo en las clases de yoga a las que se había apuntado, más por conocer gente que por relajarse. Ya que en las clases o se dormía y comenzaba a roncar o no dejaba de pensar en sus cosas.

Cuando vio el asesinato de la chica en Fernando VI, porque eso era en realidad, aunque todos los periódicos decían que se trataba de un accidente, supo que tenía relación con los otros dos casos sucedidos en los últimos meses en Madrid. Cuántas mujeres morían con una bola de cocaína en el coño todos los días, por Dios, y ahora tres seguidas.

Cañete llamó a Adela, pero el teléfono estaba fuera de cobertura. Después llamó a Peral, el comisario, que le dijo de muy buenos modos que ya estaba jubilado y se centrase en disfrutar de la paga del estado, que a él cuando se jubilase seguro que no le llegaba.

—Ahora los putos camioneros, si el líder de esta gente se parece más a una versión gorda y fea de Curro Jiménez. Se puede ser más casposo —murmuró enfadado.

Cañete se puso lo primero que pilló para comprar leche y otras cosas básicas; la última huelga de los camioneros le había dejado con el culo al aire, nunca mejor dicho, ni papel higiénico tenía para limpiarse, tuvo que usar la vieja técnica morisca con agua.

Mientras esperaba al ascensor escuchó que paraba en el piso de arriba.

El puto autobusero, pensó mientras miraba las escaleras, prefería bajar los ocho pisos a pie que verle el careto, aunque la que realmente le caía mal era la pelirroja. Una cincuentona lagarta, pequeñita con

más veneno que la *Enhydrina schistosa.*

Cuando llegó al Mercadona los putos paranoicos ya habían arrasado con todo, hasta las pipas.

—¡Que país de mierda! —gritó mientras tomaba una caja de leche de soja, aunque la odiaba, un frasco de patata para tortilla, Marbú dorada de 0 calorías, endulzante de miel y una botella de claras de huevo.

Llegó a su casa y se hizo una tortilla, después encendió su portátil mientras buscaba más noticias y casos similares. Había uno en Bilbao unos años antes, pero eran raros.

Tras comerse aquella tortilla de patatas asquerosa y quedarse pensativo, con el ácido asomándole en la garganta se dijo:

—Es un puto asesino en serie. Mata mujeres, con esa técnica tan estúpida, pero seguro que le ha salido mal alguna vez. No es una forma muy sofisticada de matar, además, aquello ponía en duda si realmente era un asesino intencional o disfrutaba viendo agonizar a sus víctimas tras la sobredosis.

Tomó uno de sus cuadernos y comenzó a apuntar:

"Hombre o mujer, edad aproximada, profesión, familia".

Había participado unos años antes en la captura del famoso asesino de la baraja.

Aquel tipo anodino y tan poca cosa, Alfredo Galán Sotillo, natural de Puertollano, exmilitar con su pistola Tokarev TT-33 había hecho mucho daño. No logró convertirse en Guardia Civil. Le echaron del ejército por bebedor. Un neurótico que tenía que haberse quedado en Bosnia, atravesado por algún tiro. El muy cobarde pegaba a sus víctimas un tiro en la nuca o en la cabeza, como si se tratara de un juicio, sin darles oportunidad para que se defendieran, sin ninguna causa. Aquello los confundió al principio. No había *modus operandi,* tampoco un perfil de víctimas. Menos mal que en julio de 2003, con cinco víctimas a sus espaldas se entregó. Había intentado otros tres crímenes que habían salido mal.

Los psicólogos le diagnosticaron "complejo de Dios", se sentía bien si alguien vivía o moría. Un narcisista, con trastorno antisocial, histriónico y con trastorno límite de la personalidad. Sus víctimas fueron un hombre de cincuenta años que salía de trabajar, otro de veintiocho años, un chico de dieciocho, una mujer de cincuenta y siete, una emigrante de veintiocho años y una pareja rumana joven.

También había trabajado en el caso del asesino de mendigos, Francisco García Escalero, pero este también terminó entregándose después de matar a once personas.

Cañete tomó de nuevo el teléfono y llamó a Adela, al final se lo cogió.

—Adela, joder. ¿Has visto lo de la chica de Fernando VI?

—Claro, llevo el caso con el nuevo —le contestó la inspectora.

—Es un asesino en serie, ¿verdad?

—No puedo hablarte del caso, estás jubilado.

—No me jodas gitana, que te he salvado la vida en más de una ocasión.

—¿Qué pasa si lo es?

—¡Qué estáis jodidos! Aquí no estamos preparados para esa mierda.

—No me digas.

—Sí te digo, pero hay alguien, el director de psiquiatría de la cárcel de Siete Aguas que se acaba de inaugurar en Alicante, tiene 500 presos psiquiátricos, el doctor Ledesma es el único que puede ayudaros.

7. La novia

Sali Dúrcal y dos de sus amigas estaban en Romancera Madrid, una de las mejores tiendas de vestidos de novias de la capital. La novia del siglo, como decía su madre, había ido a hacerse la última prueba, le quedaba apenas una semana y media para la boda. La novia de Alí Sierra estaba muy estresada, además de los preparativos normales ahora notaba a su novio raro, serio y poco comunicativo. No es que Alí fuera el hombre más expresivo del mundo, pero estaba segura de que algo le pasaba.

—¿Estás bien Sali? —le preguntó la Alicia. Su mejor amiga desde la guardería.

—Pues no, cari, el Alí está muy raro. Algo le pasa.

—¿No te habrá puesto los cuernos?, eso pasa mucho antes de la boda. Las despedidas de soltero, la sensación de que ya nunca más serás libre —comentó la otra amiga Aimara.

—No le des más vueltas, después de las pruebas nos tomamos unos gin-tonics y se nos quitan todas las tonterías —sentenció Alicia.

—Tenéis razón. ¿Cómo veis el vestido? ¿Me queda bien?

—Te hace un culo tan bonito como el de Giorgina, la del Bicho —contestó Aimara.

—Pues ya está, no le hacemos más arreglos. Dejadme que me lo quite y nos vamos a tomar algo.

Las dos chicas salieron del probador, era tan grande que tenía su propio sillón, mueble bar y armario con perchas.

—¿Qué pasa cari, crees que no hemos visto tu culo? —bromeó Alicia.

—Llevad el vestido a la pija, que se lo tengo que pagar —contestó Sali.

Las amigas se llevaron el vestido que la chica les entregó por

encima de la puerta y se quedó un rato mirándose en el espejo. Su lencería era espectacular, al igual que sus curvas. Era la chica más guapa de Pan Bendito y se había llevado al mejor de todos. Algunos los llamaban los príncipes de Carabanchel.

Tomó el vestido del sillón y se lo puso, volvió a mirarse en el espejo y apenas estaba colocándose los zapatos cuando se abrió la puerta del fondo, que estaba disimulada en la pared y llevaba a los almacenes de la tienda. A la joven no le dio tiempo a gritar, dos hombres vestidos de negro y con el rostro tapado entraron, le pusieron algo en la cara y perdió el conocimiento. La sacaron en volandas del probador, la llevaron por un pasillo a oscuras, salieron por una puerta de emergencia y la subieron a una furgoneta Ford antigua, una Transit. Cerraron los portalones y salieron a toda velocidad del callejón. Enfilaron la Plaza de la Independencia, dejaron a su izquierda la Plaza de la Cibeles y salieron en dirección al túnel de la calle O'Donnell, desapareciendo en el denso tráfico de la capital.

8. La comida

En cuanto Adela entró a la casa de su madre supo que estaba disgustada. Celi era totalmente transparente, incapaz de disimular, en cierto sentido las dos se parecían mucho.

—¿Qué ha pasado?

—Nada hija, cosas mías.

—No hay cosas tuyas y cosas mías, menos aún desde que las dos nos quedamos solas.

—No estamos solas, un día volveremos a ver a Ana y a tu padre.

—Ya me entiendes, mamá.

—Pues tú tampoco tienes muy buena cara.

La inspectora sonrió, aunque se sentía algo agotada y agobiada. Aquel tipo de asesinos no le gustaban nada. Podía entender crímenes pasionales, por dinero o poder, pero aquellos asesinos fríos y calculadores le ponían los pelos de punta.

—Es el nuevo caso, algo muy feo que tiene muy mala pinta.

—¿Más políticos corruptos? —le preguntó Celi mientras terminaba de freír las croquetas.

—Ojalá, esos casos me gustan, es como drenar el pus de una herida, siempre tienes la confianza de que sanará, pero esto es mucho peor. Asesinos que matan por el placer de matar.

—Asesinos en serio de esos.

Adela sonrió ante el comentario de su madre.

—Y para colmo, termino de salir del metro y me llama Cañete.

—Pensé que el racista ese se había jubilado.

Acercaron la comida al salón, ya estaba toda la mesa lista, únicamente faltaba Cosme.

—Pues sí lo está, pero me ha llamado para preguntar por el nuevo caso, es más pesado que el plomo.

Llamaron a la puerta y la chica fue a abrir, era su tío, se dieron dos besos y se dirigieron a la mesa.

—¿Te has lavado las manos? —preguntó Celi a su cuñado.

—Está bien.

—Llevas todo el día en danza y no te lavas las manos, menudo cochino. Ha estado aquí Lola.

Adela entendió en ese momento el enfado de su madre.

—Me ha pedido que te convenciera para que la ceremonia de Alí Sierra se hiciera en una iglesia más grande, la que está enfrente del antiguo ayuntamiento de Carabanchel.

El rostro afable de Cosme se transformó por momentos, torció el bigotillo y se tomó un vaso de agua de un trago.

—Les tenía que haber dicho que no, eso no es una boda es un circo, pero tuviste que convencerme —se quejó el pastor.

—Una boda nunca lo es, en el fondo Dios mira a las parejas que se unen en matrimonio con alegría. La familia de Sali y de Alí son buena gente.

Adela miró a los dos, tenía hambre y la verdad es que aquel tema no le interesaba lo más mínimo.

—Bendice los alimentos Cosme y seguimos hablando.

Tras la bendición comenzaron con la deliciosa sopa de cocido. Adela se dedicó a comer mientras su madre y su tío continuaban comentando la jugada.

—Pues si hay que hacerlo en otra iglesia se hace, no vamos nosotros a ser impedimento del amor.

Cosme miró a su cuñada.

—Llevan dos años viviendo juntos, lo de casarse para ellos es una especie de fiesta, una manera de hacer dinero con la exclusiva. No me gusta entrar en esos circos.

—Al menos el barrio se verá por un día de forma positiva. Siempre que sacan noticias de Pan Bendito es para contar alguna desgracia.

Adela afirmó con la cabeza, estaba totalmente de acuerdo con su madre.

—Está bien, pero con una condición, échame muchas croquetas. Tus croquetas de cocido son espectaculares.

—Eso está hecho.

Mientras comían a dos carrillos aquel delicioso manjar, sonó el teléfono del pastor.

—No lo cojas, estamos comiendo.

—Soy pastor evangélico, tengo que cogerlo.

—No eres cirujano, seguro que el asunto puede esperar media hora —bromeó Adela.

Al final el hombre contestó, se puso en pie y se retiró de la mesa.

—¡No puede ser! —exclamó el hombre y después se llevó la mano a la cabeza. Voy para allá, que nadie haga nada hasta que llegue.

Las dos mujeres le miraron asustadas, el pastor tomó la última croqueta con la mano y se la comió de un bocado.

—Guárdame unas pocas para cenar.

—¿Qué ha pasado? Nos tienes en ascuas —dijo Celi mientras se limpiaba la cara con la servilleta de papel.

—Se han llevado a Sali Dúrcal.

—¿Cómo que se la han llevado? —preguntó Adela.

—La han secuestrado en Madrid, mientras estaba probándose el traje de novia.

—No es posible —dijo la madre horrorizada, conocía a la niña desde que era muy pequeña.

—Sí, las dos amigas que habían ido a la prueba del vestido han llamado a la familia.

—¿Han llamado a la policía? —preguntó Adela, a la que se le había acabado de repente el apetito.

—No, Alí les ha dicho que no lo hicieran, que él se encargaba.

—Tienen que llamar a la policía, las primeras horas son cruciales.

El pastor se guardó el teléfono.

—Vente conmigo.

—Tengo un caso importante, mi compañero me espera en una hora para visualizar unas cámaras en la oficina.

—Vente y luego te acerco. Alí es muy cabezón y si una poli de verdad le dice que denuncie, seguro que te hace caso.

—No creo que le haga cambiar de opinión.

—Vete con tu tío. No quiero que le pase nada malo a esa niña.

Adela se tomó su croqueta, se puso en pie y cogió la cazadora de cuero.

—Está bien, siempre me liais y al final todo termina como el rosario de la aurora.

Los dos salieron de la casa, Cosme había aparcado justo en la puerta y no tardaron más de cinco minutos en llegar al apartamento de Alí Sierra. La casa estaba abarrotada de gente, Lola se abrazó a Cosme en cuanto este entró al salón.

—¡Cosme, que se han llevado a la niña!

—Tranquila Lola, he traído a mi sobrina la poli, ella puede ayudarnos.

Se acercaron hasta Alí, estaba fumando y hablando por el teléfono.

—¡No me ocupéis la línea, joder, puede que me llamen por aquí! —

gritó antes de colgar. Al ver al pastor frunció el ceño.

—¿Es que ha venido todo el puto barrio? Pedro, despéjame la casa.

El chico echó a la mayoría, pero Cosme no quiso irse, se acercó con Adela hasta el famoso cantante.

—Alí, esta es mi sobrina.

—Joder, Cosme, todos conocemos a tu sobrina, una madera que sale en las noticias y los periódicos.

—Eso es, deja que te aconseje. Ella sabe mucho de estos asuntos.

—Ya me las apañaré yo, es lo que llevo haciendo desde los trece años.

—Alí, no es buena idea que dejes fuera del asunto a la policía —dijo Adela mientras el cantante indicaba a sus amigos que se llevaran al pastor y a su sobrina.

—De niño sufrí acoso en la escuela, nadie hizo nada por mí, mientras me partía la cara en el boxeo, a nadie le preocupó una mierda. Ahora puedo apañármelas yo solo, no necesito la ayuda de la pasma. Gracias.

Cosme quitó las manos del matón de su pecho y se giró para salir de la casa. Justo en ese momento sonó el teléfono y todos se quedaron quietos.

Alí miró el número, era oculto.

—¡Joder, son ellos! ¡Callaos todos!

El timbre del teléfono comenzó a aumentar, todos contuvieron la respiración y Alí puso el manos libres.

—Alí Sierra, tenemos a Sali, es una chica testadura y luchadora, pero ya ha comenzado a entrar en razón. No conviene que nadie se ponga nervioso y haga alguna tontería. Las cosas son muy sencillas. Mañana a las doce de la noche dejarás una bolsa con un millón de euros en la explanada del Cerro de los Ángeles, si está todo correcto soltaremos a la chica de inmediato y os mandaremos la ubicación. ¿Comprendido?

—¿Cómo vamos a dejar el dinero si no vemos a Sali? Quiero que la entrega se haga a la vez.

—No vamos a negociar las condiciones. Haz lo que se te dice, aquí soy yo el réferi.

Colgaron el teléfono y todos se miraron por unos momentos sin pronunciar palabra.

—Deja que te ayudemos, pinta mal. Esa gente te conoce —dijo Adela al cantante.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó extrañado.

—Por cómo te habla y por el término que ha usado.

—¿Réferi?

—Ese, es algo de un árbitro de boxeo.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Mi primo competía, creo que luchaste con él una vez.

—Es cierto, el Rafi.

—Esa gente quiere joderte, no le importa solo el dinero. Llama a la policía.

El joven negó con la cabeza.

—La matarán, estoy seguro.

—Pues que te ayude mi sobrina —dijo Cosme, Adela hizo una mueca de desaprobación.

—Pero sin que se meta la pasma.

Adela se encogió de hombros, estaba acostumbrada a que su tío la metiese siempre en ese tipo de líos, que solían terminar muy mal.

—Que se vayan todos —dijo Alí.

Cuando los tres se quedaron a solas, Adela miró al joven, su rostro no podía transmitir más desesperación.

—¿Quiénes son?

—No puedo asegurarlo cien por cien, pero creo que un contrincante que tuve hace tres años, un hombre que se llamaba Fidel Casado, era cubano y su mánager era un exsoldado del ejercito cubano. Dos verdaderos mafiosos.

—¿Por qué te harían algo así?

Alí miró a la policía.

—Le robé el título, lo cierto es que lo gané de ley, pero él se lo tomó muy mal. Me juró que se vengaría. Se ha tomado su tiempo el muy cabrón.

—¿Crees que es peligroso? —preguntó Cosme.

El cantante no lo dudó ni un instante.

—Es muy peligroso, os lo aseguro.

9. Cámara

Alfredo llegó a las oficinas de la comisaría al mismo tiempo que Adela. La inspectora frunció el ceño e intentó ignorarlo.

—Gitana, no te hagas la tonta, que me has visto perfectamente. Lo único que quiero es ayudar. Esos hijos de puta son muy escurridizos, lo digo por experiencia, cuantos más ojos y oídos pongamos a trabajar en el caso será mejor.

—Estás jubilado.

—Sabes que os puedo ayudar como externo, hay esa posibilidad.

—Si nosotros lo solicitamos que no es el caso.

—Pues haz que sea el caso. Te he salvado el culo varias veces, me debes…

La inspectora se giró y miró a su antiguo compañero.

—No te debo una mierda. He tenido que soportarte todo este tiempo. Lo único que he aprendido de ti es cómo no ser un buen policía.

—No será para tanto, la verdad es que…

—Mira, Cañete, en la vida hay que saber estar a la altura, únicamente tenemos una oportunidad para sacar lo mejor de nosotros mismos. Te dejó tu mujer porque eras un capullo y sigues siéndolo, crees que el mundo te debe algo, pero no es cierto. Todos tenemos nuestros problemas y no vamos jodiendo la vida a la gente.

La inspectora siguió subiendo las escaleras y el hombre se quedó mudo, por primera vez en su vida no supo qué responder. En el fondo sabía que Adela tenía razón. Era un capullo integral.

Adela entró en la comisaría y cuando llegó a la mesa de Santiago este se encontraba mirando la pantalla.

—¿Has visto algo?

Adela dejó el bolso a un lado y se sentó junto a su compañero, en cuanto le vio se le quitó el cabreo.

—Bueno, tenemos alguna imagen de perfil, pero era de noche y no se ve nada claro. Complexión normal, lleva abrigo, un sombrero, nada. Estamos como al principio.

—¿Has podido mirar la lista?

Santiago sonrió, después le mostró todos sus apuntes. He descartado a casi todos porque no tienen imaginación suficiente para matar a alguien. Solo sospecho de dos nombres: Miguel Olaya y un tal Juan Simarrón. El primero es un informático de treinta años soltero, hace un par de años le detuvieron por poseer pornografía infantil, un pieza. El otro es un empresario que tiene varias acusaciones de agresión sexual.

—¿Y este?

—Al principio lo incluí en la lista de sospechosos, no me queda claro si es hombre o mujer, por el nombre parece hombre Zuri Paraíso, es un nombre vasco que significa blanco. No es femenino ni masculino. Busqué a todos los sospechosos en las aplicaciones de citas. Miguel Olaya y Juan Simarrón estaban en casi todas, al menos medio centenar de citas, pero Zuri únicamente una, la de aquella noche.

—¿Era con la víctima?

—No, eso es lo curioso. Había quedado con una mujer llamada Lucía Castro.

—Pues tenemos que ir a ver a Lucía, ella tuvo que ver al tal Zuri.

El inspector la miró asombrado.

—Un asesino no usaría siempre el mismo perfil. ¿No crees? Cada vez que busca a una víctima lo cambia. Lo que tenemos que hacer es buscar los otros dos perfiles que usó antes, eso puede darnos una pauta. Imagina, edad que se pone, sexo, aficiones, lugar de acceso y

todas esas cosas. Tendríamos que hablar con Paquita, ella es la especialista informática.

—Ok.

—Yo le mandaré un correo electrónico, pero será mejor que vayamos a ver a la tal Lucía.

10. La novia

Sali se había despertado con mucha hambre, no sabía que somnífero le habían dado, pero se moría de ganas de tomar algo. Miró a su alrededor, apenas recordaba nada. Solo a un par de hombres que entraron en el probador y a ella desmayándose, después se había despertado en ese cuarto. Era mediano, ni muy grande ni pequeño, hacía frío, olía a humedad, por lo que pensó que era un sótano. Parecía en obras, como si fuera de una casa a medio terminar, no se escuchaba ruido, tampoco olores fuertes o desagradables. Había una puerta de metal, como la de los cuartos trasteros. Tenía un respiradero por el que no se veía nada, una bombilla en el techo que daba poca luz, una cama antigua de esas de muelles, una silla con una mesa de pino, ambas muy desgastadas, como si las hubieran encontrado en la basura.

La chica se puso en pie y se acercó a la puerta y comenzó a golpearla, tenía miedo, pero el hambre no la dejaba dormir. No tenía su abrigo, por lo que se cubría con la manta mugrienta que había encontrado sobre la cama.

—¡Tengo hambre! ¿Alguien me escucha?

Nadie contestó en un buen rato, cuando estaba comenzando a perder la esperanza se escucharon unos pasos que se detuvieron frente a la puerta.

—Siéntate en la cama y cierra los ojos.

Sali puso un gesto de enfado, pero obedeció.

Tras abrirse la puerta, escuchó pasos hasta la mesa, alguien dejó algo sobre ella y se alejó. Aprovechó a que estuviera de espaldas para abrir los ojos unos instantes. Vio a un chico, de su edad más o menos, moreno, espaldas anchas y vestido todo de negro.

La puerta se cerró de nuevo y la chica miró la mesa. Le habían dejado una bandeja de plástico, tenía tres huecos, en uno dos mandarinas, en el otro un vaso de plástico con agua y en el más grande un plato de cartón con zanahoria cocidas, judías verdes y dos salchichas.

—¿Qué mierda es esta? ¡Traedme comida de verdad!

Al final se cansó de gritar y se comió las salchichas y las

mandarinas. Aquello no le quitó el hambre, pero la alivió un poco.

Se puso con las piernas cruzadas en la cama e intentó imaginar lo que había pasado. No era la más lista del barrio, pero sin duda era un secuestro. Esos cabrones querían el dinero de su novio, pero Alí Sierra era mucho más que un cantante, tenía muchos amigos. Unos meses antes la policía lo había detenido por la letra de una canción y miles de fans se habían echado a las calles y quemado contenedores, pero sobre todo Alí tenía buenos contactos con la mafia que controlaba Pan Bendito, en especial el clan de los Rubios. Esto no quedaría así, Alí se encargaría de aquellos capullos en cuanto ella estuviera a salvo.

Alí Sierra estaba de un humor de mil diablos. Aquellos tipos querían chulearle un millón de euros, se creían que era millonario. Tras dejar el boxeo conoció a la hija de una famosa tonadillera que le abrió los programas del corazón. Acabó participando en un *reality* y tras un videoclip con su primera canción, se había convertido en el cantante de reguetón más escuchado en España. Llevaba unos años buenos, cada día ganaba miles de euros gracias las plataformas de música, pero nadie le burlaba un millón de euros.

Alí se fue con sus amigos hasta la casa en la Cañada Real de sus compadres, el clan de los Rubios. Eran los que le proporcionaban el material y siempre le habían comentado que en caso de necesidad no dudase en acudir a ellos.

El cantante dejó su coche al cuidado de unos menores que trabajaban para el clan y caminó hasta la casa, un gran chalet bien equipado, algo retirado de la calle principal. Los mafiosos tenían varios pisos en Madrid, pero aquel seguía siendo su cuartel general.

El guarda los dejó pasar y tras cruzar un patio con varios coches de lujo entraron en la casa principal, la de Aurelio, el capo del clan.

—Alí Sierra, dichosos los ojos. Ya no te dejas ver con los pobres —dijo el hombre mientras se ponía en pie del sillón de cuero y le daba un abrazo.

—Padrino, me han jodido bien. Se han llevado a Sali.

—¿A la niña? ¡Válgame el cielo! ¿A dónde vamos a llegar? ¿Quién ha sido?

—No lo sé, pero me huele que es Fidel Casado, el cubano.

El cantante le contó todo lo que había hablado con los secuestradores.

—¿Para qué metes a una poli en esto? ¿Desde cuándo los polis son nuestros amigos?

Alí se encogió de hombros, estaba desesperado.

—Bueno, nosotros haremos el seguimiento, después nos

adelantaremos a la poli esa, les quitaremos el dinero y les daremos candela.

—Os daré lo que me pidáis por la cabeza de ese tipo y sus cómplices.

—¿Estás de broma Alí?, somos compadres, amigos y entre nosotros nos ayudamos, alguna vez necesitaremos tu ayuda.

Alí sonrió, aunque prefería pagar sus deudas, no le gustaba hacer según qué favores.

—Claro amigo, salvar a la Sali y el dinero, después pedirme lo que queráis.

—Por ahora con algunas entradas buenas de tu próximo concierto será suficiente. ¿Quieres que te ponga escolta?

El cantante negó con la cabeza.

—Tengo a mis colegas y esto.

Alí sacó un arma del abrigo y los hombres de Aurelio se pusieron nerviosos.

—Tranquis.

Aurelio dio un abrazo a Alí y este dejó la casa.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó Pedro a su amigo.

—Ese cabrón cubano tiene que pagar por todo lo que nos está haciendo pasar.

Los tres se montaron en el coche, se tomaron unas rayas de coca y se dirigieron al barrio, aún quedaba algo más de cuarenta horas para que se cumpliese el plazo. Se lo pasarían jugando y bebiendo hasta la hora de entrega. Lo único que Alí le pedía a Dios era que no le pasara nada a su princesa.

11. Lucía

Lucía era una chica bastante normal. Tenía unos veintiocho años, pelo moreno lacio, ojos negros, piel clara, algunas pecas en los pómulos y un cuerpo poco desarrollado. Vivía con sus padres en un piso en Moratalaz, era profesora de primaria y nadie sabía de sus aficiones a las aplicaciones de citas.

La chica les abrió con cara de susto.

—Mis padres no están, pero pueden venir en cualquier momento, por favor no les digan por qué están aquí, me muero de vergüenza.

Entraron en la casa y se dirigieron a su habitación, que aún guardaba un aspecto infantil. La chica parecía muy aficionada a los manga y a las piedras mágicas, de las que tenía una buena colección.

Adela la miró con cierta curiosidad, no parecía una chica aficionada a orgías, aunque nunca se sabía a ciencia cierta cómo era la gente en realidad.

—¿Qué hacías en aquella fiesta? —preguntó la inspectora.

La chica se ruborizó un poco, agachó la cabeza y se tapó los ojos.

—Bueno, toda la culpa la tiene el Satisfyer. Hace un año mis amigas me lo regalaron por mi cumpleaños. Yo siempre he sido algo tímida, aunque he tenido varios novios. La cosa es que nunca había llegado a eso…

—El orgasmo —dijo Santiago.

La chica volvió a ponerse colorada.

—En cuanto lo usé una vez ya no pude parar, había perdido muchos años, ya saben. La cosa es que mirando nuevos modelos vi lo de las citas por la aplicación. Algo discreto y anónimo, simplemente diversión. Fui a una y me gustó, aquel chico tenía un.. Bueno, me hice muy activa. Un contacto me entró hace unos días y me propuso esto de la fiesta y drogas. Yo únicamente he fumado algo de marihuana, lo normal.

—Yo nunca he fumado nada —dijo Santiago.

La chica frunció las cejas.

—¿Cómo ha dicho lo normal? Lo que es para unos normal no es para otros.

—Continúe —dijo Adela poniendo los ojos en blanco al escuchar a su compañero.

—Fui a la cita, pero no vi a la otra persona en la puerta, llamé y subí. Ya estaban muchos de los participantes. Todos llevaban antifaces, yo no lo sabía. Se suelen utilizar hasta que empieza la acción. Me dieron a tomar algo, luego las cosas se desmadraron. Recuerdo todo, pero como en una nebulosa. Dios mío hice cosas que nunca pensé que podría.

Jolín con la profesora de primaria, pensó Adela.

—Entonces no vio al tal Zuri Paraíso.

Había mucha gente, toda desnuda y, cuando nos quitamos la ropa, todos parecemos iguales. Menos en una parte, claro.

—¿Vio irse a Zuri con la víctima? —preguntó Santiago.

—Entonces, ¿tiene claro que fue él?

—No tenemos claro nada, pero nosotros hacemos las preguntas.

—Perdón inspectora. Bueno vi que dos se separaban del grupo, sabía que eso no se podía hacer y por eso me extrañó. Pero en ese momento estaba ocupada con dos.

—No entremos en detalles —dijo Santiago a la joven.

—¿Cómo era el tal Zuri? ¿Lo vio brevemente?

Las preguntas de la inspectora la agobiaban un poco. Le hacían sentirse culpable.

—Poco musculoso, delgado, piel clara, poco más me fijé. Estaba muy oscuro, podría ser cualquiera.

En ese momento se escuchó la puerta.

—Mis padres, por favor —dijo suplicante la joven.

—Ya hemos terminado, le aconsejo que tenga cuidado —dijo Adela.

—Lo tendré, esto suele ser muy seguro, no sé cómo ha sucedido algo así.

Se dirigieron al salón y vieron a dos jubilados que entraban con las bolsas del Mercadona.

—Niña, ya hemos vuelto —dijo la madre, pero se quedó algo cortada al ver que tenía compañía.

—Son los padres de un alumno mío, que tenía que hablar con ellos de una cosa.

—¿En casa y fuera de horas lectivas? —le preguntó el padre.

—Ya sabes cómo es el trabajo de ahora, una especie de esclavitud.

—Pero si trabajas en un colegio de monjas, las hermanas están encantadas contigo. —Se dirigió a los agentes—. Estudió toda la primaria y secundaria allí.

—Ya se iban.

Los dos inspectores salieron al portal y escucharon la puerta cerrarse a sus espaldas.

—Vaya tela —comentó Adela.

—Creo que es hora de cenar. Conozco un sitio muy chulo cerca del estadio Bernabéu, un oriental.

La inspectora le sonrió.

—Bueno, no soy yo de rollos orientales, pero siempre es bueno probar cosas nuevas. Nos vemos en un par de horas, mándame el sitio.

—Pensé que...

—Una mujer tiene que asearse, no voy a cenar con ropa de trabajo.

—Vale, si quieres te recojo.

—No sabía que tenías coche.

—Es en uno de esos de aplicación.

Adela sonrió.

—Ahora todo se hace con una aplicación —bromeó la inspectora gitana.

12. Cita

Había empezado por aburrimiento, pero ahora lo hacía por verdadero placer. Una de las cosas que había descubierto con el tiempo era que todo le llegaba a cansar. No había ningún estímulo que pudiera satisfacer sus instintos más básicos y, a medida que se dejaba llevar, necesitaba cosas más fuertes para excitarse.

La pornografía no era importante, parecía un juego de niños, una simulación de segunda categoría. Matar sí que era el subidón definitivo.

Matar por puro aburrimiento, desidia y hartazgo, quitar la vida como la última forma de arte, de humanidad en medio de toda aquella mierda de las redes sociales.

Las mujeres parecían meras comparsas en una orgía interminable en la que eran al mismo tiempo producto y medio para conseguir más prestigio.

Las mujeres como trofeos, pues eso era precisamente lo que pretendía, llevarse los suyos, pero no unos cualesquiera, sino sus vidas.

Notaba cómo la oscuridad avanzaba, lo sentía en cada poro de su piel, siempre había tenido cierta sensibilidad en ese sentido. Tras el glamur y el lujo, vestido con un jersey de cachemir, con brazaletes de oro o collares de diamantes. No importaba, amor de mercadillo o de tienda de alta costura, todo estaba podrido, infectado. El peor virus que había atacado a la humanidad era la propia humanidad, sucumbiendo a sus más bajos instintos y, cuanto más bajo caía, más se arrastraba. Ya no se salvaban ni los niños. Todo sexualizado hasta el absurdo, hasta la náusea que diría Sartre y además sazonado de libertad, de liberación.

Miró la hora y el sitio de la cita, era perfecto, en la casa de la chica. Al parecer vivía con otras compañeras, pero tenían turno de noche y no llegarían hasta muy tarde. El tiempo necesario para volver a poner en su seno la crisálida que la llevaría a la muerte. A la verdadera liberación de los cuerpos mortales, sucios, corrompidos y malolientes.

Se puso su ropa habitual, oscura, ancha, de telas suaves, después el gorro, ya hacía suficientemente frío en la calle para que nadie se extrañara de que lo llevara, las botas negras y nada más. No se quería arriesgar a llevar teléfonos y otros dispositivos, después de cada contacto tenía que deshacerse de la línea y del viejo iPhone. No debía dejar pistas.

Tomó el metro, el más anodino de los transportes. Además disfrutaba mirando a la gente, viendo sus miserables vidas, pensando que cualquiera de ellos podía ser su principal víctima.

Miraba a las chicas, a las mujeres, ellas eran el objeto de su obsesión. Las habían corrompido hasta convertirlas en meros instrumentos, solo buenas para follar, para tragar. Ya no eran madres, profesionales, personas con vidas, eran guiñapos de usar y tirar en una aplicación. No hacía falta ni pagar, lo hacían por puro placer, más bien por pura manipulación. Ya que su placer era el de los hombres, el de su forma de hacer las cosas.

Bajó en su estación, subió por las escaleras y se dirigió a la calle donde vivía la chica. Era en Lavapiés, un barrio que nunca terminaba de cambiar. Lleno de gente de malvivir, de hombres peligroso.

Llegó al portal y llamó, subió las escaleras de dos en dos, la impaciencia le absorbía, sentía el corazón acelerado, pero era un mero efecto mecánico porque ya no sentía, como el resto de esa sociedad confusa y perversa que había cambiado los sentimientos y los verdaderos placeres de la vida por sucedáneos de tercera clase apenas sin sabor, pero que intentaban imitar a todo lo que merecía la pena en la vida, aunque sin conseguirlo.

13. Cosme

Cosme había seguido a Alí, no se fiaba de él ni un pelo y tal como imaginaba, se fue a ver al clan de los Rubios. Alguien le había dicho que se juntaba con mala gente, pero los Rubios no eran mala gente, eran la peor escoria de España.

El viejo pastor comenzaba a sentirse cansado, quería jubilarse, pero nadie podía sustituirlo, la gente sabía que ser pastor era un oficio difícil, mal pagado y peor agradecido. Le daba pena su gente, no quería pensar que si él se iba la iglesia se echaría a perder. Además, ¿a dónde iba a irse? ¿Qué iba a hacer con su vida? No tenía hijos, ni una mujer y apenas le quedaba familia.

Cuando llegó de nuevo al barrio pensó bien qué hacer. Tenía que contarle a Adela lo sucedido, de eso no había duda, pero tal vez tenía que hacerlo primero con Alí, ponerle las cosas claras, recordarle que estaba haciendo tratos con el diablo y que este siempre se cobraba sus favores muy caros. Lo sabía por experiencia, como casi todo en la vida.

El mal podía respirarse en cada rincón de la ciudad. Los hospitales y los centros de salud, al menos en los barrios pobres, se encontraban colapsados; los colegios se iban pareciendo cada vez más a los institutos norteamericanos de las películas, aunque afortunadamente por ahora en España era muy difícil conseguir un arma. La pobreza estaba desatada, las personas que venían a su iglesia a pedir comida se habían multiplicado por tres. La ciudad, el país, Europa entera se iba a la mierda, pero nadie parecía en exceso preocupado, ni los políticos, ni los sindicatos, ni la iglesia que, con su actuación, parecía ponerse de perfil.

Se dirigió a la capilla, tenía que meditar, que recuperar fuerzas, abrió la puerta y entró, se dirigió hasta el altar y se puso de rodillas.

—¡Dios mío, ampáranos!

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando escuchó unos pasos que recorrían el pasillo. No se atrevía a girarse y mirar, como si el simple gesto de hacerlo pudiera provocarle la muerte.

—¡Hipócrita! Reza con palabras vacías a un Dios ausente.

La voz sonaba fuerte a su espalda, aunque no supo reconocer en ella a la de nadie conocido.

—¡Este barrio es mío, esta ciudad es mía! ¡Como todo lo demás!

Comenzó a temblar, pero no dejó de orar, entonces comenzó a hacerlo en alto y se dio la vuelta, pero cuando llegó a mirar al pasillo, ya no había nadie.

14. La cena

El restaurante era bonito, incluso un poco cursi. Santiago la esperaba en la puerta. Se había puesto una americana y unos chinos, una camisa preciosa y llevaba una rosa en la mano.

—Creía que era una cena para hablar más tranquilamente del caso —comentó Adela.

—¿Por eso te has puesto este vestido? Estás preciosa.

El traje de Adela era espectacular, resaltaba su figura, el color rojo destacaba su piel canela y el peinado sus grandes ojos achinados.

—Me he puesto lo primero que he visto. ¿Te gusta?

Santiago sonrió, el encargado los llevó hasta una mesa reservada en la parte del fondo, donde nadie pudiera molestarlos.

—Pensé que a un vasco le gustaría la carne.

—Eso son estereotipos. A mí las carnes rojas me sientan fatal.

—Por eso estás hecho un tirillas.

—He intentado engordar, pero imposible, en cuanto me paso con la comida me sienta fatal.

La camarera, una oriental muy sonriente, les dio las cartas y les trajo una botella de vino.

—¿No estamos de servicio? —preguntó Santiago.

—No, ahora toca relajarse un poco, ya verás que en esta profesión no es algo que pase a menudo. ¿Por qué te hiciste policía?

—¿Lo dices porque soy vasco? Un policía nacional de Euskal Herria parece una paradoja, pero mi familia viene de la tradición de los requetés, de los antiguos carlistas navarros.

La chica comenzó a temblar.

—Una familia de fachas.

—No, mujer, no todos lo somos ni todos lucharon a favor de Franco. De todas formas, yo no soy muy tradicionalista, ni siquiera voy a misa. Siempre fui el raro de la familia. El que se hacía preguntas que nadie más se hacía.

—Te entiendo —dijo en un largo suspiro Adela.

—Ya me han contado.

—¿Qué te han contado las cotorras de la oficina? Seguro que ha sido Marcela.

—Nada, mujer, que tu padre era pastor y que murió hace años. Tampoco es muy normal ser gitana y policía. ¿No?

Los dos se echaron a reír.

—Hemos pasado una cosa por alto.

—¿El qué? La verdad que hoy he tenido la cabeza un poco ida.

—¿Tu amiga, la de informática, ha descubierto algo?

—No me ha mandado nada por ahora —dijo Adela mientras miraba

la carta. Todo aquello le parecía chino, nunca mejor dicho.

—Deja que elija por ti.

—No me gusta mucho el picante, advierto.

—Ok.

Cuando llegó la camarera Santiago le habló en su idioma y ella le observó alucinada.

—¿Qué idioma es ese?

—Chino cantonés. Ya te he dicho que siempre he sido un poco rarito. Bueno a lo que vamos. Mira esto.

El inspector le dio tres papeles y ella los miró con curiosidad.

—¿Qué ves?

—Poesía. Parecen del tío este de la perilla, el que se suicidó…

—No se suicidó, murió de tuberculosis, como casi todos los románticos de su época, Gustavo Adolfo Bécquer; el que se suicidó fue Larra.

—Eso.

—Bueno son las tres primeras rimas de su libro. Cada una fue enviada a una víctima.

—Menos la última, que logró escapar, aunque fue sustituida por Marta —puntualizó Adela.

—El asesino sabía que era una orgía, la chica con la que fue simplemente era su llave a la fiesta. No le importa el nombre, edad o tipo de la víctima. Ya comentamos que son de diferentes edades y morfología. Pero las rimas sí las une. La primera es esta:

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh, hermosa!
sí, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, contártelo a solas.

—Pero es simple poesía —dijo la inspectora.

—Fíjate en la primera estrofa. Un himno que anuncia la noche del alma, sin duda habla de la muerte. El poeta quiere, según dice en la última, tener a la amada y tomar sus manos a solas. Le quiere explicar un amor que no tiene palabras.

—No sabía que eras experto en poesía.

—No te burles. ¿Has leído los otros dos?

Adela le miró sonriente.

—Lo de la saeta, eso es una flecha. Ya ves que no soy tan inculta.

—Esa, pero al final dice:

luz que en cercos temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

eso soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo ni a dónde
mis pasos me llevarán.

—La luz pronto a expirar, a apagarse, y al final de dónde vengo y dónde mis pasos me llevarán. El sentido de la vida no tiene sentido para el asesino. Todos vamos a la muerte.

—No te sigo.

—Espera a la tercera:

¡Tal es nuestra razón!
Con ambas siempre lucha
y de ambas vencedor,
tan sólo el genio puede
a un yugo atar las dos.

—Este sí que no lo entiendo.

—Habla de la inspiración, para el asesino matar en un arte. No lo hace por sexo, al menos no de forma consciente.

—Ese asesino está loco, tenía razón el comisario.

El joven negó con la cabeza.

—No es locura, ojalá lo fuera, lo atraparíamos enseguida. Cree que está haciendo arte, como si al matar a esas mujeres las estuviera liberando. Por eso mete en sus vaginas la droga.

—¿Hace arte?

—Las libera de ellas mismas.

La chica estaba muy nerviosa cuando abrió la puerta, quería ver al amante poeta. Pero sintió una decepción. Tenía la cara cubierta en parte por un gorro, los ojos por unas gafas de sol a pesar de ser de noche y una bufanda le cubría parte de la barbilla. Era barbilampiño, no muy alto y ella se le quedó mirando.

—Pasa —dijo a su invitado. Ella solo llevaba una bata de seda muy bonita y debajo ropa interior. Había adornado su habitación con velas.

Entraron a la habitación y ella se sentó en la cama.

—¿Eres el amante poeta?

El invitado no respondió.

—¿No vas a hablar? Pues entonces, vamos al grano.

La chica se agarró de los pantalones del invitado, pero este la rechazó.

—¿Qué te pasa?

El invitado apuntó con un espray a la cara de la chica. Aquello la aturdió un poco, pero estaba tan asustada que se puso en pie y lo empujó.

El agresor la siguió por el piso, pero no logró detenerla, la chica subió al piso de arriba gritando.

Mientras los gritos inundaban la escalera, el hombre salió a la calle, cuando el aire frío le refrescó, reaccionó y corrió. Había sido demasiado confiado e imprudente.

La chica llamó a la casa de la vecina, una encantadora anciana llamada Angelita. La mujer abrió y la chica se lanzó en sus brazos llorando, estaba muy asustada, había pasado uno de los peores momentos de su vida, pero lo que no sabía era que acababa de escapar de una muerte segura.

2ª PARTE: Reguetón

15. Pasión

Adela tomó postre aquella noche. No solía hacerlo, obsesionada como estaba en mantener su figura, a pesar de machacar su cuerpo todos los días en el gimnasio. De adolescente siempre había estado acomplejada por el sobrepeso y no importaba cuan en forma estuviera, siempre se veía rellena, como si se observase en un espejo deformante de feria.

—¿Echas de menos a tu familia?

—Mucho, los Arteaga somos como una saga. Nos reunimos unos veinte en las comidas familiares, primos, tíos, sobrinos, nietos y abuelos. No hay nada más hermoso que una familia grande.

—Te envidio, ahora somos solo mi madre y yo.

—Pensé que los gitanos erais de familias numerosas.

—Pues ya ves, otro estereotipo. ¿Quieres que demos un paseo?

—¿Por la Castellana?

—No, por el centro, que es más bonito.

Santiago se puso en pie, buscaron un coche en la aplicación, se montaron y se dirigieron hasta el barrio de las Letras.

—Me sigue pareciendo como si estuviéramos robando el coche —bromeó Adela, mientras su compañero lo ponía en marcha.

—La magia de la tecnología.

—A mí lo único para lo que me gusta la tecnología es para comprar por internet, me encanta, aunque ya me han clonado la tarjeta dos veces y es un estrés, te lo aseguro. Una noche comenzaron a llegar mensajitos al móvil de que estaba comprando en Estados Unidos y en China, ya ves.

—Los ciberdelincuentes son el futuro, qué digo, son el presente —bromeó Santiago.

Se quedaron en silencio un rato mientras contemplaban las luces de la ciudad, aún no se habían encendido las luces de Navidad, pero los adornos ya estaban colocados.

—La Navidad es una de mis épocas favoritas y más ahora que podremos celebrarla como antes, pero también es cuando más echo de menos a mi padre y a mi hermana.

—Lo entiendo, yo iré para Bilbao, al menos en Nochebuena y Año Nuevo.

Salieron del coche y subieron por la calle Alcalá hacia Sol. Había mucha gente, no llovía y la temperatura, aunque fresca, era agradable. De repente, Santiago cogió la mano de Adela como si fueran dos chiquillos. Aquel gesto la conmovió, así se sentía ella, como una adolescente en su primera cita, cuando todo es magia y crees que el amor puede ser eterno.

No se dijeron nada, se limitaron a caminar de la mano,

contemplando los edificios y sintiendo el calor y la humedad que se transmitía cada uno de sus dedos a través de su piel.

Al llegar a Sol observaron la plaza medio en obras, decidieron caminar hasta la Plaza Mayor. Al llegar a los soportales de la plaza, Santiago se detuvo y la miró a los ojos. Era algo más alto que ella, no mucho, llevaba puestas sus gafas, pero sus pequeños ojos claros brillaban detrás de los cristales.

No hicieron falta más palabras, se besaron despacio, como si estuvieran comenzando en el oficio del amor, dejaron que sus labios primero se acostumbrasen, después sus lenguas y cuando estaban a punto de irse a un lugar más tranquilo, sus teléfonos sonaron a la vez.

—¡Mierda! —exclamó Adela—. El cabrón ha vuelto a actuar.

Los dos policías buscaron un taxi y se dirigieron a la comisaría, tenían un testigo, aquella era la mejor de las noticias.

Sali escuchó la puerta, no tenía una noción muy clara del tiempo, pero debía de ser tarde, tenía mucho sueño. Se acurrucó en un lado de la mugrienta cama, con las piernas encogidas y comenzó a temblar. La luz estaba apagada, pero entraba algo de la claridad del pasillo. No quería abrir los ojos, pero al final se obligó a hacerlo y vio a un hombre en el umbral. Tenía el cuerpo musculoso, no llevaba puesta la camisa a pesar del frío que hacía, sus brazos eran casi como un muslo de ella y eso que no estaba precisamente delgada. El hombre se acercó despacio y se quedó parado enfrente, mientras la observaba.

—Tu novio me quitó todo lo que amaba. Ahora le va a tocar a él, yo probaré a su novia antes de la boda, es lo justo.

La chica estaba paralizada por el miedo, el hombre le quitó la manta. Llevaba puesta la poca ropa con la que la habían capturado. El pantalón y una camisa de manga corta. Se la arrancó y ella se quedó con los pechos al aire, se los tapó con los brazos y comenzó a suplicar.

—¡No me hagas nada, mi novia te dará lo que le pidas, pero si me tocas se vengará!

El hombre comenzó a reírse.

—Ahora entiendo por qué le gustas tanto, eres material de primera, sí señor. Esto se puede hacer de dos formas, con violencia o sin violencia. Te recomiendo lo segundo, aunque me produciría más placer lo primero.

El hombre sacó su pene ya erecto y ella se lo quedó contemplando pensativa. Al final se acercó y comenzó a chuparlo, el tipo estaba totalmente a su merced cuando le pegó un bocado que le dejó sin respiración. El tipo dio un bramido que se escuchó en todo el pasillo. Ella aprovechó para agarrar la manta y salir corriendo.

Al principio no supo a dónde dirigirse, pero fue hacia la luz, vio unas escaleras y las subió a toda prisa. Llegó a lo que parecía la parte baja de una casa a medio construir, aunque ya tenía ventanas y puertas. Miró a un lado y al otro. Al final enfiló por el pasillo a la entrada principal, pero estaba cerrada. Se fue al salón, pero no logró abrir ninguna ventana.

Vio al hombre por el rabillo del ojo, él se abalanzó sobre ella, pero logró esquivarlo, corrió hacia el pasillo y subió las escaleras. En la parte de arriba aún no habían colocado las ventanas. Se encaramó a una y notó el frío de la noche. No había mucha luz en la calle, pero se intuía que estaba en el campo, en algún lugar de la sierra de Madrid. Salió por la ventana, el tejado de pizarra estaba húmedo y resbaló, pero en el último momento logró agarrarse al quicio de la ventana. Se dejó deslizar y llegó al borde del tejado.

—¡Maldita puta! ¡Ya verás cuando te atrape!

Escuchó a su espalda la voz del hombre y comenzó a temblar de nuevo. Miró al vacío, la oscuridad no le permitía calcular la distancia, pero al menos había unos tres metros hasta el suelo, tal vez cuatro.

El hombre comenzó a descender por el tejado y ella ya no tuvo elección. Se lanzó al vacío y encogió las piernas para no romperse nada.

El golpe contra el suelo no fue tan fuerte, una montaña de hojas lo amortiguó en parte, se puso en pie y comenzó a correr por la parcela de la casa. Enfrente había una valla alta, se encaramó a ella como si fuera un gato. No sabía de dónde había sacado toda aquella agilidad y fuerza. Notó que el hombre la tomaba de una pierna, pero logró soltarse y caer al otro lado, que al parecer, por el desnivel de la calle, apenas era de dos metros. Se puso de nuevo en pie y comenzó a correr por una calle solitaria. A un lado había casas a medio terminar y al otro la valla de piedra de una finca. No se veía ni un alma, pero la luz de las farolas indicaba que estaba cerca de la civilización. Si corría un poco más podría llegar hasta alguna casa habitada y pedir ayuda.

16. La víctima

No era plato de buen gusto denunciar una cosa como aquella, pero mucho peor habría sido que le sucediera a otra chica. Al menos eso era lo que pensaba ella. En cuanto se calmó un poco y le contó todo a su vecina, esta le aconsejó que llamase a la policía. De joven sufrió una agresión y fue la peor experiencia de su vida.

La policía no tardó mucho en venir, al enterarse de que el agresor la había contactado por una aplicación, le dijeron que era mejor que los acompañase a una comisaría.

Eran las doce de la noche, estaba en lo que parecía una sala de interrogatorios, tenía hambre, sueño y frío, pero al menos estaba viva y aquella sensación la satisfacía plenamente.

Una pareja entró en la sala, eran un hombre joven con gafas y cara de empollón y una mujer con rasgos fuertes y pelo negro azabache recogido en una coleta. Sus trajes parecían de fiesta, algo que le extrañó a la chica.

—Sandra Cobijo, ¿verdad? —le preguntó la mujer.

—Sí.

—Salmantina, trabaja en una agencia de publicidad. ¿Cuánto lleva viviendo en Madrid?

—Algo más de un año.

—Siento que se haya tenido que llevar este susto, afortunadamente no ha sido nada más que eso. Háblenos de su cita, por favor.

La chica le contó brevemente lo del poema, la cita, lo que habían sentido al ver al invitado en su puerta.

—Todo encaja —dijo Santiago a su compañera.

—¿Qué encaja? —preguntó algo confusa Sandra.

—Estamos buscando a un asesino que se corresponde con la descripción, aunque no pensábamos que iba actuar tan rápido, apenas han pasado algo más de veinticuatro horas. Eso es muy mala señal.

—¿Un asesino anda suelto en Madrid?

—Eso me temo, señorita —dijo Santiago—, además es muy peligroso. Se pone en contacto con sus víctimas por una aplicación. ¿Ha dejado el teléfono al especialista en informática?

—Sí, están haciendo una copia del contenido, pero ya le he dicho que hay algunas fotos un poco…

—No se preocupe, seremos discretos —dijo Santiago—, lo único que queremos es buscar el terminal desde el que se conectó el asesino.

Adela miró a la joven, sus ojos reflejaban el temor y la angustia de haberse visto en las puertas de la muerte.

—¿Puede describirnos al agresor?

—Como yo de alto o un poco más, barbilampiño, rasgos finos, no

pude ver mucho más, llevaba gorro, gafas de sol y una braga que le cubría parte del rostro.

—¿Alguna edad determinada? —preguntó Santiago.

—No creo que llegara a los treinta, puede que bastante menos.

Aquello desconcertó a los dos inspectores, no era normal aquel comportamiento en alguien tan joven.

—¿Algún detalle más que recuerde? —preguntó Adela.

—Ropa normal, holgada y negra. Parecía comprado en Zara, se movía de una forma delicada.

Los dos fruncieron el ceño casi a la vez.

—¿Delicada?

—Sí, no era brusco. Tal vez esté desvariando, estoy muy cansada.

—¿Quiere que pongamos vigilancia en su apartamento esta noche?

No creo que haga falta, muchas gracias.

—Un coche la acercará a su casa. Si necesitamos algo más de usted la llamaremos, gracias por denunciar a este tipo, gracias a usted estamos más cerca de atraparlo.

La joven salió de la sala de interrogatorios, después un coche patrulla la llevó hasta su casa.

—¿Esperamos a que suba? —le preguntó el policía.

—No, gracias.

Las luces azules brillaban en la calle poco iluminada. Entró en el portal y sintió un escalofrío, todo le recordaba a aquel tipo. Subió hasta el apartamento, aún no habían llegado sus compañeras. Dejó las llaves en la entrada, se descalzó, puso en marcha la ducha para que el agua se calentara y comenzó a desvestirse. La casa estaba caldeada, las calefacciones centrales de los edificios antiguos eran muy potentes. Se dirigió al salón y puso algo de música. Al principio pensó en darse una ducha, pero después se preparó un baño.

Entró en el agua espumosa, había abierto una botella de vino, tomó dos sorbos e intentó relajarse con los ojos cerrados. Notó una mano que le sujetaba la cabeza y se echó a temblar.

—¡Puta, pensaste que te ibas a librar! Yo soy el ángel de la muerte, quito la vida a quien yo quiero.

La chica estaba muda por el pánico. El invitado le puso en la cara una navaja y después le entregó una bola blanca apelmazada.

—Métete esto.

—¡No, por favor!

—¡Hazlo, puta!

El invitado metió la bola bajo el agua y se la introdujo en la vagina. La joven notó una sensación rara, como si se le adormeciera el cuerpo, más tarde mucho calor y por último un sopor terrible. Sus fuerzas fueron apagándose poco a poco. Un minuto más tarde, su cuerpo flotaba en la bañera, la música seguía sonando en el altavoz y la noche

pasaba lentamente, mientras la ciudad continuaba su frenético ritmo, como si la muerte de Sandra no interesara a nadie.

17. Luces

Cañete miró el teléfono, su compañero de la comisaría le avisó de que había una denuncia que podía encajar en el caso que le interesaba. Después llamó a la informática, le debía un par de favores.

—¿Qué puedes decirme?

—Cañete, no me jodas. No he pasado el informe ni a los inspectores del caso.

—Únicamente quiero ayudar, no haré nada sin tu consentimiento.

—Lo único que te puedo decir es que han usado teléfonos desechables, pero hay una coincidencia.

—¿Cuál es?

—Todos los contactos se han realizado desde un barrio, no se puede concretar mucho pero es en el barrio de La Atalaya, al final de Arturo Soria, pertenece a Ciudad Lineal. No es muy grande, con unas 24,89 hectáreas y unos 1.500 habitantes. Se llama así porque hay restos de una atalaya islámica. La gente que vive allí es de clase media, aunque hay algunos edificios de clase baja y alta.

—Un barrio pijo. El asesino debe ser algún tipo de reprimido católico —dijo Cañete.

—Eso no lo sé, pero no será tan difícil mirar en la base de datos a 1.500 vecinos. Cuando quites niños, ancianos y gente poco sospechoso, no creo que te queden más de 100, puede que menos.

—Gracias por la información. Creo que me voy a pasar por allí, a ver si veo algo que destaque: algún edificio emblemático o algo así. Estos tipos de asesinos suelen ser solitarios, aunque también hay de los que tienen una familia para pasar más desapercibidos.

—No hagas nada de lo que te tengas que arrepentir, que nos conocemos.

—Tranquila, he madurado.

Sali continuó corriendo como alma que lleva el diablo hasta que llegó a las primeras calles. Entonces escuchó un coche a sus espaldas y se escondió detrás de un edificio de piedra medio abandonado que parecía una antigua vaquería. El coche pasó lento, pero no supo si se trataba de su secuestrador o un simple vecino.

Siguió caminando descalza, muerta de frío, con la manta sobre su torso desnudo y vio la primera casa. Tenía la luz del porche encendida, se dirigió hasta allí, abrió la portezuela del jardín y comenzó a subir las escaleras, pero antes de tocar el timbre sintió una

mano que la agarraba por detrás.

—¿Dónde crees que vas, puta?

La joven intentó gritar, pero el hombre le tapó la boca. Ella le mordió y logró zafarse, saltó por las escaleras y comenzó a correr de nuevo. Corrió calle abajo sin atreverse a pararse, al final vio un parque y un hombre mayor con un perro. Se acercó hasta él.

—Necesito ayuda, me han secuestrado. Por favor.

El hombre la miró con los ojos desorbitados, comenzó a temblar, no atinaba ni a sacar el teléfono.

—Vamos a llamar a la Guardia Civil, el cuartelillo está muy cerca.

El hombre comenzó a marcar, pero algo le golpeó la mano y el teléfono se cayó al suelo.

—¿Qué demonios?

El hombre ya no pudo decir nada más. Un cuchillo le rebanó el cuello y se cayó allí mismo, agonizando.

—¿Has visto lo que me has obligado a hacer, puta?

El secuestrador atrapó por los pelos a la joven, la metió en el coche y le puso unas bridas en las manos, después cargó el cadáver del transeúnte y al perro, los metió en el maletero y se los llevó a la casa en obras.

Después de arrastrar a la joven hasta el sótano y encerrarla de nuevo, fue al maletero del coche. Había preparado un gran bidón con leña, una vez que estuvo a la temperatura adecuada, metió al hombre y esperó a que el fuego lo consumiera. Ya se desharía de los huesos. Después miró al perro, le dio un poco de lástima, pero no podía dejar cabos sueltos, lo desnucó como a un conejo y lo lanzó a las llamas. Aún quedaban varias horas para que llegasen los albañiles, debía deshacerse de todas aquellas pruebas cuanto antes. Ahora estaba seguro de que ya no quería el millón de euros, lo único que le interesaba era ver sufrir a Alí y hacerle pagar por todo lo que le había hecho.

18. Poder

Todos los amaneceres son parecidos, pero en realidad cada uno de ellos es único. Santiago y Adela no fueron a dormir aquella noche, después del interrogatorio tomaron un coche y se dedicaron a dar vueltas por la ciudad durante un par de horas. Acabaron en el pequeño apartamento del hombre en la Moncloa, muy cerca del Arco del Triunfo. Estuvieron escuchando música y hablando.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer cuando vio en el firmamento desde la terraza que la oscuridad se rompía.

—Está amaneciendo.

—¡No, Dios mío!, no voy a poder estar en pie todo el día.

—Vamos a por churros —propuso el joven.

Bajaron a una churrería cercana y se tomaron el manjar mañanero con un poco de chocolate. Después se ducharon y fueron a la comisaría.

—La chica está muerta —les dijo Cañete a los pies de las escaleras.

—¿Qué haces aquí?

—He dicho que la chica está muerta. La encontraron sus amigas cuando llegaron del trabajo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

La voz de la chica sonó a reproche, pero al inspector jubilado no le importó.

—Dejadme que os invite a un café y después me marcharé.

Santiago miró intrigado al expolicía, no sabía casi nada de él, pero estaba visiblemente impresionado.

Los tres se fueron a una cafetería próxima, donde solían ir los policías. Pidieron tres cafés y Cañete comenzó a hablar.

—La chica con la que hablasteis ayer está muerta. El asesino regresó a la casa y la mató.

Los dos inspectores parecían asqueados, como si se sintieran culpables por aquella muerte.

—No tenéis la culpa, no podíais imaginarlo. La chica recibió un cuarto poema de Gustavo Adolfo Bécquer.

—¿Sabes lo de los poemas?

—Sí, claro —respondió Adela.

—Mirad esta parte de la cuarta rima:

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;

mientras la humanidad, siempre avanzando

no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

—Mientras la ciencia no alcance a descubrir las fuentes de la vida. Lo que quiere decir es que mientras la ciencia no sepa el origen de la vida y la humanidad no sepa a dónde camina habrá poesía.

—Eso es un galimatías sin sentido —dijo Santiago.

—El asesino dejó junto a la víctima escrito en el suelo esta palabra: Abadón. Lo he buscado, es una palabra hebrea que significa destrucción y destino. Es un lugar de destrucción, pero también es un ángel del abismo. El sitio en el que descansan los muertos, una especie de pozo sin fondo que lleva a la muerte.

—¿Qué quieres decirnos?, ¿que el asesino es un demonio? —preguntó la inspectora.

—No creo en esas cosas, pero para los judíos era como un sinónimo de la muerte y para los cristianos es un ángel, el rey del abismo según el libro del Apocalipsis.

—Un loco que se cree un demonio —dijo Santiago.

El hombre negó con la cabeza.

—Es un ángel, pero no un demonio, se trata de un exterminador que cree que actúa en nombre de Dios. Es el que se ha enviado para juzgar.

—Es un justiciero —comenta Santiago—, pero mata a mujeres inocentes.

—Él cree que no lo son, que se han corrompido de alguna manera, les introduce la droga en el vientre y las extermina.

—Todo esto es una locura —comentó Adela.

—La mente de un asesino en serie no es como la nuestra. Tenemos que pensar como él. La informática ha visto que las señales de los teléfonos del asesino se dieron en el barrio de La Atalaya. Apenas viven 1.500 personas en ese barrio, pero hay dos colegios religiosos y una parroquia. Creo que el asesino pertenece a una congregación de esa zona.

—¿Cómo coño sabes?

—Tengo mi contacto, pero la informática lo puede confirmar. Las congregaciones son la de las Esclavas de Cristo Rey, las Carmelitas Misioneras Teresianas, la Congregación de Misioneras Combonianas, las Señoritas Operarias Parroquiales.

—¿Cómo puede haber tantas monjas en un espacio tan reducido? —preguntó Adela. Cañete se encogió de hombros.

—Aunque parece mucho, no creo que sean más de cincuenta.

—Pero estamos buscando a un hombre —dijo Santiago.

—También habrá un par de sacerdotes. Pero ¿por qué buscáis a un hombre?

—Pues está claro, porque el noventa y cinco por ciento son hombres —contestó Santiago.

—Pero ¿qué sucede con el otro cinco por ciento?

El joven inspector negó con la cabeza, conocía perfectamente el tema.

—Los asesinos en serie nacieron en los Estados Unidos, el agente del FBI Robert Ressier fue el primero en catalogarlos. La mayoría de los asesinos tienen antecedentes enfermizos o trastornos mentales. Normalmente han recibido algún tipo de abusos en su infancia. Por eso crean esa fantasía en la que se ven asesinando. Normalmente son hombres —concluyó Santiago.

—Uno de los primeros asesinos en serie fue mujer, la noble húngara Isabel Báthory.

—Es cierto. Entonces tú crees que el asesino en serie es organizado y del tipo misionero.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Adela.

—Los asesinos en serie organizados son los más peligrosos e inteligentes. Su coeficiente es superior a la media, planifican sus crímenes de forma minuciosa, no actúan por impulso. Normalmente parecen muy sociables. Pero en el caso de los misioneros es diferente, son asesinos que creen que están sirviendo a Dios de alguna forma. Muchos suelen matar a prostitutas, personas de una raza, sus motivaciones no son sexuales —explicó Santiago.

—¿De dónde has sacado a este tío? —bromeó Cañete.

La inspectora sonrió.

—A una de las más famosas de la historia, Alieen Wuornos se la llamó también “ángel de la muerte”. Asesinaba a hombres, muchos de ellos eran sus clientes, creía que estaba impartiendo justicia.

—Bueno, entonces. ¿Estoy dentro? Puedo ir a esos conventos y discretamente buscar a la posible asesina.

Los dos inspectores se miraron sin saber qué contestar.

—No tenéis mucho que perder. Ese asesino está desatado y volverá a intentarlo muy pronto.

19. Acción de Gracias

Al menos la fiesta norteamericana del *Thanksgiving Day* era mucho más amable que el maldito Halloween se dijo la profesora mientras los niños salían de la clase. El instituto Secular de Operarias Parroquiales, un grupo religioso fundado por Magdalena Aulina, una catalana de buena familia y que junto a otras mujeres seculares acogían a chicas para educarlas, pero las visiones de la fundadora obligaron al grupo a trasladarse a Navarra. Allí siguieron las extrañas visiones de las hermanas y de las chicas.

Tras las clases el grupo de mujeres se unieron en la capilla, eran apenas una docena, la falta de vocaciones se había generalizado por toda España, aunque las Operarias Parroquiales no juraban votos, como el resto de las religiosas.

—Hermanas, vamos a rezar —dijo la madre de la comunidad y que cumplía el papel de madre superiora.

En cuanto comenzaron con sus rezos un intenso perfume inundó la sala. Todas comenzaron a orar con más fervor, aquella era una señal de que la virgen estaba cerca y las bendecía. Así había sido desde las primeras visiones de su fundadora que ahora estaba a punto de ser canonizada en Roma.

—Vivimos tiempos recios —comenzó a decir la hermana Abelina, una casi anciana operaria secular—, donde la fe disminuye y el maligno tiene un poder casi absoluto. Todo lo natural se ha invertido, el final de los tiempos se acerca.

El resto de hermanas comenzó a temblar de emoción. Aquella era una muestra de que andaban en el buen camino.

—Enderezad las sendas, destruid a los blasfemadores y convertid a las mujeres a la verdadera pureza —dijo la anciana, mientras el resto parecía entrar en una especie de trance. Las mujeres se sacudían rítmicamente, como si algo las poseyera. Mientras, la tarde comenzaba a llegar y con ella la oscuridad.

20. Intercambio

El Cerro de los Ángeles era el centro exacto de España. Justo en medio del pinar a unos 10 kilómetros de Madrid y muy cerca de la ciudad de Getafe se erguía una ermita llamada de Nuestra Señora de los Ángeles, construida en el siglo XIV y un monumento al Sagrado Corazón construido en el 1919, completando el conjunto un seminario diocesano y un convento carmelita.

Donde se encontraba la actual ermita antes había habido una torre musulmana, sobre la que el rey Alfonso VI había construido la iglesia, aunque lo que atraía a la mayoría de los turistas, fueran o no fueran religiosos, era el monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Allí habían fusilado a varios hombres en 1936 por defender el santuario y unos días más tarde un grupo de republicanos se fotografiaron fusilando a la estatua de Cristo. Más tarde destruyeron el santuario con dinamita y lo llamaron el Cerro Rojo.

Alí esperaba con el millón de euros al pie del cerro, sus dos amigos estaban en el coche a unos escasos 200 metros; cerca de la ermita se encontraba Aurelio y sus matones, aunque dentro de la bolsa del dinero habían puesto un localizador. Justo al otro lado, en un coche con las luces apagadas, estaba Adela y su tío Cosme.

—¿Qué hacemos aquí? Si están detrás de todo esto el clan de los Rubios la cosa va a acabar muy mal —se quejó la policía.

—Me preocupa la chica, no el imbécil de su novio.

—A mí me preocupa que nos peguen un tiro a alguno de los dos. Esa gente sabe que juega con fuego y ya sabes lo que pasa a los que juegan con fuego.

—¿Y a Lola y Pilar, además de los padres de Sali? ¿Qué le diremos a ellos?

—Que el imbécil de su novio la ha puesto en peligro por venganza o por tacañería, que es justo lo que va a pasar.

Una furgoneta negra Ford subió despacio hasta el cerro que estaba iluminado. Se paró frente a la explanada y un hombre salió del vehículo y caminó hasta el pie del monumento.

—¿Por qué no has dejado la bolsa y te has largado como te dijimos? —preguntó el secuestrador.

—¿Dónde está Sali? Dadme a mi novia y nos olvidaremos de todo esto.

—¿Crees que somos gilipollas? Sí alguien nos sigue la mataremos. ¿Te ha quedado claro?

Alí afirmó con la cabeza y le lanzó la bolsa al matón.

—Este se puso en cuclillas, se quitó una mochila de la espalda, miró el dinero y lo guardó allí.

El cantante comenzó a caminar hacia él.

—Gilipollas, nos sabemos todos tus trucos. No des ni un paso más. También hemos visto la furgoneta junto a la ermita. Si nos siguen la mataremos. ¿Te ha quedado claro?

—Vale, no vamos a hacer ninguna tontería.

El secuestrador caminó sin dar la espalda a Alí, después se montó en la furgoneta y salieron del cerro a toda velocidad.

Alí llamó al clan de los Rubios.

—No sigáis a la fur…

La furgoneta no hizo caso al cantante, comenzó a seguir a los secuestradores y acto seguido el coche de Cosme se unió a la estúpida caravana.

Se mantuvieron lo más alejado posible, había mucho tráfico en la M40 a pesar de la hora que era. Las dos furgonetas salieron por la M-503 y después tomaron la A6 hacia La Coruña.

—Van hacia la sierra —dijo Cosme a su sobrina.

—Esa es jurisdicción de la Guardia Civil.

Salieron en el kilómetro 39 y tomaron la carretera de Navacerrada, pero enseguida entraron en Collado Villalba hasta una zona alta donde había muchos chalets a medio terminar.

La primera furgoneta paró enfrente de una casa y bajaron dos hombres, el Clan de los Rubios se quedó a unos 500 metros.

—Deberíamos llamar a la Guardia Civil —dijo la chica.

—Puede que no esté en la casa.

—Los del clan van a entrar en la casa a sangre y fuego.

Cosme sabía que su sobrina tenía razón, pero no estaba convencido de que era mejor meter en aquel asunto a los policías.

Salieron del coche y se aproximaron a la casa. Los miembros del clan se habían acercado hasta el edificio con cierto sigilo, portaban armas semiautomáticas, chalecos antibalas y bombas de humo.

—La van a matar —dijo Adela mientras sacaba su arma.

—¿Qué vas a hacer?

—Aprovechar el barullo para ver si puedo hacer algo.

—Voy contigo.

—Quédate aquí y llama si ves que las cosas se ponen muy feas.

El clan de los Rubios se desplegó por el jardín delantero, dos de ellos lanzaron botes de humo y se pusieron las mascarillas. Adela se temió que el clan tenía entre sus matones a exsoldados profesionales.

Se escucharon los primeros tiros y ella aprovechó para introducirse en la casa por la parte de atrás, logró abrir una ventana y cuando estaba atravesando el salón vio a los secuestradores disparando a los atacantes, aunque el humo era asfixiante y no dejaban de frotarse los ojos.

Adela se colocó un pañuelo húmedo en la cara y bajó al sótano.

Llegó hasta un cuarto cerrado con llave, disparó a la cerradura y vio a la chica.

—¡Vente, rápido!

Sali corrió hasta la policía y las dos subieron las escaleras. Estaban llegando arriba cuando vieron a los hombres del clan.

—¿Quién coño eres tú?

—Policía, tiren las armas.

Aurelio se quitó la máscara, dos de los secuestradores estaban muertos, pero el que había planeado todo aún vivía.

—Suelta el arma, nos llevamos a la chica y el dinero.

—No, ahora vendrá la policía y todos terminaréis en comisaría.

—Valiente gilipollez.

Uno de los matones del clan se acercó por detrás y la golpeó en la cabeza. Adela se derrumbó y los matones cogieron a Sali.

—¿Qué hacemos con esta?

—A la furgoneta y quemad la casa.

Comenzaron a verter gasolina por todas partes mientras se llevaban al secuestrador vivo, el dinero y a las dos mujeres. Cuando Cosme vio el fuego a lo lejos llamó a la Guardia Civil. Corrió hacia la casa, intentó entrar, pero el fuego ya se había extendido por todas partes.

—¡Mierda! —exclamó mientras escuchaba las sirenas de la Guardia Civil. Ahora el clan de los Rubios, uno de los más peligrosos del país, tenía a su sobrina, el dinero y a Sali. Tenía que ponerse en contacto con Alí, lo antes posible, todo aquello no era más que un gran malentendido. Se alejó de la casa antes de que la Guardia Civil comenzara a hacerle preguntas, después subió a su coche y se dirigió directamente a Pan Bendito. Alí tenía que solucionar aquel asunto de inmediato.

21. Hermanas

Cañete fue al convento y estuvo inspeccionando las inmediaciones. Justo cuando estaba a punto de marcharse para regresar al día siguiente vio que abrían la puerta de la capilla. Al parecer iban a tener misa.

Unas cuarenta personas entraron a la capilla, apenas cubrían el treinta por ciento de los bancos de la sala, pero antes de que comenzase la ceremonia un poco más de una docena de hermanas entraron en fila ordenadamente y se sentaron en la primera fila.

El viejo inspector retirado hizo un par de fotos discretamente, después intentó analizar a todas las hermanas. Siete eran tan ancianas que las descartó de inmediato, dos eran de mediana edad, pero tampoco parecían demasiado peligrosas, únicamente tres de las hermanas habrían podido cometer un asesinato. Una de ellas era muy joven, con cara angelical, pelo rubio corto y ojos claros, las otras dos debían rondar la treintena, tenían el pelo castaño corto y no eran muy agraciadas.

—Hermanos, estamos aquí en esta noche para conmemorar la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Cada vez que nos reunimos él está entre nosotros —dijo un sacerdote latino, que por el acento parecía brasileño.

La congregación se puso en pie y Cañete los imitó, hacía mucho tiempo que no participaba en una misa, pero algunas cosas no se olvidaban. De niño había asistido a un colegio de la falange donde había aprendido a base de reglazos y collejas los rudimentos de la fe católica.

Tras hacer los ritos el sacerdote les pidió que se sentaran y comenzó su breve sermón.

—Vivimos tiempos recios, como decía nuestra amada Santa Teresa de Jesús, pero ahora no es por la persecución de la inquisición, por la sospecha de herejía, ni siquiera por la apostasía en la que está inmersa la sociedad española, vivimos tiempos en los que a lo malo se llama bueno y a lo bueno, malo. El mundo ha perdido el rumbo, el cristianismo está comenzando a ser minoritario en Occidente y, en especial, la gente joven camina sin rumbo, drogada y embriagada por la búsqueda incesante del placer. La gente ya no quiere la salvación, simplemente aspira a un poco de placer en esta vida, aunque sean las sobras de los ricos, famosos y poderosos. Todos nuestros contemporáneos, como Sísifo, han sido castigados a subir una pesada roca a la cima de la montaña, para que esta simplemente caiga de nuevo abajo, comenzando de nuevo el inútil y bárbaro castigo en el que el capitalismo nos ha sumergido. La única diferencia es que al

lado de Sísifo hay otros muchos que compiten con él para subir la roca más rápidamente.

Varias personas asentían ante las palabras del sacerdote, en especial las hermanas. Cuando terminó la homilía, los feligreses se retiraron, las hermanas desaparecieron por una puerta lateral y el sacerdote fue a cambiarse a la sacristía.

Cañete esperó a que se vaciara la capilla antes de ir hacia el altar y abrir la puerta de la sacristía.

—Padre, ¿puedo hablar un instante con usted?

El sacerdote se había quitado las ropas sagradas y se estaba colocando un plumas de color negro. El cura era de tez oscura y rasgos africanos, pero tenía unos intensos ojos azules.

—Confieso los sábados y los domingos —comentó el sacerdote mientras tomaba un paraguas pequeño y un maletín con correa de cuero.

—No quiero confesarme, simplemente necesito algo de información sobre la congregación. Soy policía —dijo enseñando su vieja placa.

El sacerdote frunció el ceño, pero al final accedió a hablar con el policía.

—Hay una cafetería muy cerca, allí estaremos más cómodos, las hermanas se recogen muy rápido y deben cerrar la capilla.

—Claro.

Los dos hombres se dirigieron a la cafetería, las calles estaban desiertas y chispeaba un poco.

—Usted dirá. No sé en qué puedo ayudarlo.

—¿Podría hablarme de la orden religiosa que lleva el colegio?

El sacerdote sonrió, después dio un sorbo al café.

—El café en España no tiene nada que ver con el de Brasil. Las operarias parroquiales no son una orden religiosa, son hermanas seglares que dedican su vida a la enseñanza de las jóvenes. Su fundadora, Magdalena Aulina Saurina, está a punto de ser canonizada. Era una mujer catalana que fundó una escuela en su pueblo, pero que al negarse a constituir una nueva orden religiosa fue suspendida por el obispo de Gerona. Al final las operarias parroquiales tomaron su labor desde Navarra.

—Algo había leído, pero también se disolvió el grupo de Gerona por las misteriosas visiones de su fundadora y algunas de sus acólitas.

El sacerdote comenzó a ponerse incómodo.

—¿Alguna de las hermanas ha manifestado tener visiones?

—No entiendo su interés por un grupo de mujeres pías que lo único que hacen es el bien y procuran ayudar a niñas huérfanas.

—No ha respondido a mi pregunta.

El sacerdote se puso en pie.

—Creo que si quiere que responda a más preguntas tendrá que ser

en una comisaría y con una orden judicial. Inspector…

—Cañete.

—Buenas noches —dijo el sacerdote mientras se alejaba de la mesa. El viejo inspector se quedó asombrado por la actitud del sacerdote. Sin duda se estaba acercando más de lo que imaginaba a la verdad.

22. La Cañada Real

Cosme al principio no supo cómo actuar. Si llamaba a la policía podía poner la vida de Sali y Adela en peligro. El clan de los Rubios era muy peligroso, pero tampoco quería imaginar qué tramaba esa gente. Aurelio era el mafioso más peligroso que había conocido. Cuando todavía era un drogadicto, el capo de los Rubios ya era un traficante famoso. Sin duda se trataba de un superviviente, todos los demás clanes de la Cañada Real habían caído uno a uno, pero el suyo se mantenía intacto. Muchos decían que tenía contactos en la policía y la política, lo que le había permitido tener inmunidad total hasta el momento.

Al final tomó el teléfono y llamó a Alí.

—¿Qué sucede? —preguntó el cantante en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Por qué pediste ayuda al clan de los Rubios? Ya sabes lo caro que venden ellos sus favores. Han matado a dos secuestradores, se han llevado al otro y a tu novia.

—No podía depositar toda mi confianza en vosotros, estaba en juego la vida de mi novia.

—Ahora tienen también a Adela. Llama a ese capullo y di que suelte a mi sobrina, lo que haga con el secuestrador es asunto vuestro.

Alí parecía sorprendido, tardó un buen rato en reaccionar.

—¡Joder! No pensé que ese cabrón se atreviera a tanto, pero todo el mundo dice que está medio loco.

—¿Y por eso te asocias a él?

—Voy para la Cañada Real, seguro que las cosas se aclaran muy rápido, saldré con las dos y con el dinero.

—No vayas solo, yo también voy a llamar a unos amigos para que me acompañen.

—Yo llevaré a mis dos colegas, pero será mejor que tú te quedes en casa.

Cosme no era de los que se quedaban con los brazos cruzados.

—Mi sobrina está ahí dentro, pienso ir contigo. ¿Prefieres que llame a la policía?

—Vale, en media hora estoy enfrente de la casa de Aurelio.

Cosme esperó con impaciencia la llegada del cantante, pero en cuanto vio el Porsche aparecer por la calle y subir hasta la casa dejó su escondite y se acercó. Los dos amigos de Alí no iban armados, sabían que los guardaespaldas de Aurelio no les iban a dejar meter las armas.

Llamaron a la puerta y un tipo gigante les abrió. Parecía uno de los sicarios latinos contratados por el jefe del clan, porque ya no se fiaba

de muchos familiares suyos.

Los llevaron hasta el gran salón.

—¿Qué hace aquí el pastor? —preguntó Aurelio en cuanto vio a Cosme.

—Te has llevado a su sobrina.

—La muy cabrona nos la quiso jugar.

—La culpa ha sido mía, antes de acudir a ti lo hice a ella y a Cosme.

—Eso me importa un carajo. Ha sido testigo de todo lo que ha pasado y es una policía. ¿Qué piensas que va a hacer?

Adela estaba escuchando todo desde la sala contigua en la que estaba encerrada con Sali.

—No hará nada. No le importan vuestros asuntos —contestó Cosme.

Aurelio se puso en pie y se acercó hasta el hombre.

—Aún recuerdo cuando era un guiñapo, jamás olvido una cara. Me importa una mierda lo que digas, tu sobrina no puede irse de esta casa, al menos viva.

Cosme intentó golpear al hombre, pero el gigantesco guardaespaldas lo cogió del cuello y lo levantó como si fuera una pluma. El pastor intentó liberarse, pero aquella mano le apretaba la garganta como si fuera una tenaza.

—No lo mates, es una persona muy conocida, además tiene que casarnos —comentó Alí, a pesar de la broma que acababa de soltar, estaba muy preocupado.

El jefe del clan hizo un gesto y el gigante lo soltó, Cosme se desplomó en el suelo, intentaba respirar, aunque sentía como si aquel animal le hubiera aplastado la tráquea.

—Si quieres te daré más dinero.

—¿Dinero? Ya te dije que no hacía esto por dinero.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Aurelio se acercó al cantante.

—Ahora podría acabar con todos vosotros y nadie se enteraría, pero me haces gracia. Me gustan tus canciones, lo que quiero es que me compongas una, una cosa insignificante para ti.

—No hay problema, pero deja que se vayan las dos mujeres.

—¿Qué quieres que haga con el secuestrador? Creo que sois viejos amigos.

El jefe del clan mandó que lo trajeran. Lanzaron al hombre al centro de la sala, estaba completamente ensangrentado.

—Le hemos dado una lección por ti, pero creo que no será suficiente. ¿Verdad?

Aurelio pidió un arma y se la dio al cantante.

—Acaba con él —le ordenó.

—No, creo que ya ha aprendido la lección.

—No puedes dejar a un enemigo suelto, tarde o temprano se

vengará de ti. Si no tienes cojones para hacerlo, no haré ningún trato contigo.

Cosme logró ponerse en pie y le dijo al chico.

—No lo hagas, te convertirás en su marioneta, te tendrá atrapado para siempre.

Alí apuntó al boxeador y este comenzó a suplicarle que no le disparase. El cantante comenzó a apretar el gatillo, le temblaba la mano pero sabía que no tenía otra opción.

23. La salida

Cañete decidió quedarse a las puertas del convento, tenía la intuición de que si el asesino pertenecía a la congregación intentaría algo nuevo pronto. No tuvo que esperar demasiado, una hora más tarde vio cómo salía una figura de la puerta trasera. Iba vestida completamente de negro y llevaba puesta la capucha. El viejo inspector siguió al sospechoso, ahora no estaba seguro si se trataba de una de las hermanas o del sacerdote, pero si no perdía la pista a aquel individuo lo sabría muy pronto.

El sospechoso entró en el metro, Cañete le siguió a cierta distancia y entró en el mismo vagón, se sentó y no le perdió de vista en todo el trayecto.

Unas diez paradas más tarde el individuo se apeó y el inspector le siguió por el andén discretamente y después por las escaleras. Se encontraban en Ventas, muy cerca de la plaza de toros. La figura vestida de negro caminó bajo la lluvia sin apenas inmutarse, subió por la calle Alcalá unos metros y después giró a una bocacalle. Allí apenas había transeúntes y Cañete intentó seguir de lejos al sospechoso, para que no le viera.

El sospechoso se paró enfrente de un portal y llamó, después entró y justo cuando la puerta se estaba cerrando, Cañete logró meter el pie.

Escuchó los pasos del sospechoso y miró por el hueco de la escalera. Se había detenido en el segundo piso.

Llamó a Adela, pero no le cogió el teléfono.

—¡Mierda! —exclamó algo nervioso, tenía que actuar cuanto antes.

Subió por las escaleras y se puso a escuchar a través de la puerta. Se escuchaba música, una melodía pegadiza algo romántica.

Cañete volvió a llamar a Adela, pero le saltó de nuevo el contestador. Tenía que actuar antes de que fuera demasiado tarde. Tocó el timbre y esperó.

Salió a la puerta una mujer de unos cuarenta años, era muy atractiva, ojos negros redondos, el pelo negro cortado a lo *garçon*.

—¿Qué quiere?

—Perdone que la moleste. Ha entrado en su casa una persona que podría ser…

No le dio tiempo a terminar la frase, un cuchillo apareció detrás de la mujer y la degolló de un tajo. La expresión de sorpresa de la víctima no pudo ser más elocuente, se le escapó la vida sin que pudiera ni percatarse. Se derrumbó en los brazos de Cañete, que intentó sostenerla, hasta que los ojos del asesino y los suyos se cruzaron por primera vez.

24. Decisión

Alí miró al boxeador tendido en el suelo, después a Aurelio y cambió la trayectoria de la pistola.

—Suelta a las dos mujeres —dijo mientras apuntaba al jefe del clan en la cara.

—¿Me estás amenazando? ¿Es que te has vuelto loco?

—No voy a matar a nadie. Nos iremos de aquí todos vivos y me devolverás el millón. Tú te quedas lo que te corresponde.

—¿Crees que puedes darme órdenes? Esto no es una maldita canción de gánsteres. ¡Es la puta vida real!

—Haz lo que te digo y nadie sufrirá daño.

El guardaespaldas se acercó a Alí, pero este se giró un segundo y le disparó en una pierna, después volvió a apuntar al jefe del clan.

—No voy de farol.

Un amigo de Alí le quitó el arma al guardaespaldas y cubrió la puerta.

—Están en ese cuarto —dijo Aurelio al cantante.

Cosme abrió la puerta y dejó salir a las dos mujeres.

—No impidas que nos marchemos, solo queremos terminar con esta mierda —dijo Alí al capo.

—Las cosas no van a quedar así, me debes respeto. Mi trabajo se sustenta precisamente en eso, en el respeto, el día que mi gente me lo pierda estaré muerto.

—Yo te respeto, pero no puedo matar a ese tío.

—Ha secuestrado a tu novia.

—Sí, pero ahora es un guiñapo indefenso.

Sacaron a Aurelio hasta la puerta del patio, Alí le apuntaba a la cabeza, los matones sacaron sus armas.

—¡Tiradlas o le pegó un tiro!

Todos las arrojaron, Cosme abrió la puerta principal y caminaron hasta el coche de Alí, se metieron todos en el vehículo y cuando Pedro arrancó, el cantante soltó al capo y entró en el coche. Salieron a toda velocidad de la Cañada Real. Mientras Aurelio miraba cómo se alejaba el Porsche.

—No sabes a qué juego estás jugando —dijo entre dientes el matón. Regresó a la casa, estaba furioso, pataleó al boxeador y después pidió un arma a uno de sus hombres. Le pegó cuatro tiros, después dejó la pistola sobre la mesa y dijo:

—Sacad esta basura de aquí. Tenemos que prepararnos para una guerra, no soy partidario de la violencia, los negocios se hacen mejor con las cosas en calma, pero ese hijo de puta va a saber con quién se la está jugando.

25. Últimas oportunidades

No lo vio venir, tal vez no lo esperaba. El cuerpo sangrante de la mujer le tiñó los ojos y el asesino aprovechó para hincarle el cuchillo en el pecho. Cañete intentó interponer sus brazos, pero le faltaban reflejos y agilidad para conseguirlo. La segunda puñalada le entró en las tripas y el dolor fue aún más insoportable, como un mal retortijón.

—¡Joder! —exclamó, mientras las piernas le flojeaban. Se agarró a su agresor para no caerse y quitarle el ángulo y evitar que lo apuñalase.

El asesino aun así logró echarlo hacia un lado e hincarle el cuchillo dos veces más en la espalda, una herida a la altura de los riñones y la otra en el pulmón derecho.

El cuerpo se desplomó lentamente en el felpudo de la entrada, donde ponía “República independiente de mi casa”.

Cañete notó que su vista comenzaba a nublarse, alzó un brazo para intentar atrapar la pierna del asesino, que cayó y al darse la vuelta pudo verle la cara con claridad.

Mientras el asesino escapaba escaleras abajo, la vecina de al lado salió al rellano y vio los dos cuerpos. Comenzó a gritar como una posesa, Cañete aún no había perdido el conocimiento por completo.

—Llame a una ambulancia —dijo con las últimas fuerzas que le quedaban.

El asesino corrió por la calle encharcada por la lluvia. Se miró la chaqueta, que estaba cubierta de sangre, pero la tela impermeable comenzaba a limpiarse con la lluvia. Todavía sentía la adrenalina corriendo por su torrente sanguíneo, a pesar de que se decía que todo aquello era por una buena causa, algo que estaba por encima de sus sentimientos y emociones, un plan divino para salvar a este mundo podrido e incrédulo al que lo único que le importaba era el placer por el placer.

3ª PARTE: BODA

26. En la oficina

Adela creía que debían llamar a la policía. Lo que había ocurrido era muy grave, pero Alí, su tío y el resto pensaba que era mejor dejar las cosas como estaban.

—Aurelio buscará venganza —dijo la inspectora cuando llegaron a Pan Bendito.

—Pues estaremos preparados. Tengo a dos amigos armados, pero voy a contratar a otros cinco, al menos hasta que las cosas se calmen.

—Tengo miedo —dijo Sali mientras se abrazaba a su novio.

—En un par de días nos casamos, nos vamos de viaje de novios a la República Dominicana y después pasaremos una temporada en Andorra.

La chica miró sorprendida a su novio.

—¿Qué vamos a hacer nosotros en Andorra?

—He pedido la residencia para pagar menos impuestos. Dentro de un par de años regresamos a España.

—Toda mi gente está en el barrio, mi familia. Andorra es un páramo helado.

—¿Prefieres quedarte aquí y enfrentarte al clan de los Rubios? —le preguntó Alí.

—¿Por qué los metiste en esto?

—Lo hice para salvarte la vida.

—Ella podría haberlo hecho —dijo la novia señalando a Adela.

Cosme puso la mano sobre el hombro de su sobrina.

—Bueno, ya no se puede cambiar lo sucedido. Ahora tenemos que protegernos. Llevaré a tu madre a tu casa, yo estaré durmiendo en la iglesia un par de noches. Aurelio es un hombre de negocios, puede que podamos llegar a un acuerdo con él.

Adela le miró sorprendida.

—¿Vas a pactar con alguien como él?

—No nos queda más remedio —dijo su tío encogiéndose de hombros.

—Hablaré con el comisario, pueden probar que los hombres de Aurelio mataron a los dos secuestradores.

—Tiene muchos amigos en la policía y en la política, ya lo sabes. Eso no hará más que empeorar las cosas. Ahora vete a casa y descansa, todos necesitamos dormir un poco.

Adela tomó su coche y se dirigió al apartamento, pudo dormir poco más de dos horas, se duchó y se dirigió al trabajo.

Estaba llegando casi a la comisaría cuando recibió una llamada de su compañero.

—Han herido de gravedad a Cañete, está en el Gregorio Marañón.

Te espero allí.

La chica se quedó sin palabras, Cañete era un capullo, pero saber que estaba tan grave la despejó de repente.

Unos quince minutos más tarde estaba aparcando frente al hospital. Santiago la esperaba en el gran recibidor.

—¿Cómo ha sido?

—Persiguió al asesino, intentó impedir que matase, pero al final no lo consiguió.

—¿Quién es la nueva víctima?

—Alicia Sanromán, una doctora de cuarenta años, divorciada y sin hijos. Contactó con el asesino por la aplicación. También le mandó una poesía de Bécquer.

Llegaron a la planta en la que estaba internado su excompañero, en la entrada de la habitación había un policía vigilando. Se puso en pie al verlos llegar.

—Está inconsciente, no pueden entrar.

—¡Mierda! —exclamó la joven mientras miraba por la ventanita de la puerta. Cañete tenía tubos por todas partes.

—¿Dónde está el médico?

—Es una médica. Se llama Sara Parral —dijo el policía.

Fueron a hablar con la doctora, era pequeña, parecía una adolescente.

—¿Doctora Sara Parral? Venimos por el caso del inspector Cañete.

La cara de la joven doctora se ensombreció.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero tiene afectado un pulmón, el riñón derecho, el intestino delgado y el bazo. Perdió mucha sangre antes de que llegaran los servicios de emergencia. Además es mayor y no se ha cuidado mucho que digamos.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó impaciente la inspectora.

—Es muy grave, no creo que supere el día.

—¿Está consciente?

—A intervalos, está muy medicado para evitar que sufra.

—Tenemos que hablar con él, es muy importante, puede que haya visto a su asesino.

—Les he dicho que está muy débil.

—Señora doctora, él querría hablar, es un policía retirado, pero va a morir con las botas puestas —dijo Adela visiblemente molesta.

—Pues, hagan lo que quieran, pero bajo su responsabilidad.

Los dos inspectores regresaron a la habitación y entraron. Cañete estaba adormilado y tenía una respiración profunda.

—Pobre —dijo Adela.

—No servía para estar jubilado.

—¿Has podido ver las ubicaciones de su teléfono?

—Estuvo en el lugar ese de la congregación católica, después en el

metro hasta Ventas, allí caminó hasta la casa de la víctima.

—Entonces, el asesino salió de ese convento. Él debe saber quién es.

Adela se acercó hasta Cañete. Olía a yodo y hospital. Le comenzó a hablar al oído.

—Cañete, estás jodido, se te han acabado todas las vidas, pero tienes que decirnos qué viste.

El hombre no reaccionó.

—No seas capullo. ¿Quién es el asesino?

El viejo inspector giró ligeramente la cabeza e intentó hablar, pero los tubos se lo impedían.

—Creo que quiere un lápiz —dijo Santiago.

Le dejaron un papel y un lápiz y garabateó algo.

—¿Qué pone? —preguntó Adela.

—Ángel de la muerte o algo así.

—Pensé que nos pondría alguna descripción. ¿Cómo es el asesino, Cañete? Haz un último esfuerzo.

El hombre escribió de nuevo.

—Poesía.

—No entiendo nada. ¿Cómo es el asesino? —le preguntó de nuevo la inspectora.

Las máquinas a las que estaba conectado Cañete comenzaron a sonar y entraron varias enfermeras que los echaron de allí.

Se quedaron fuera hasta que la doctora salió, los miró apesadumbrada y les dijo:

—Lo siento, su amigo ha muerto.

Adela comenzó a llorar, no esperaba aquella reacción, pero en el fondo había llegado a tener cierto aprecio por su antiguo compañero.

—Vámonos de aquí. Será mejor que investiguemos a la nueva víctima y lo que nos ha dicho Cañete, ha muerto en acto de servicio, creo que no habría elegido una muerte mejor.

La mujer miró a Santiago, a veces le sorprendía su poca sensibilidad.

—Todo es una mierda, estamos en esta vida de paso y no importa lo que hagamos en ella, todos acabaremos igual.

Las palabras de Adela chocaron en la coraza de Santiago, hacía tiempo que no sentía miedo ni dolor; tras la muerte de su abuelo paterno había preferido aquel estado de frialdad ante la vida.

—Por eso es mejor que rindamos homenaje a Cañete, descubriendo quién diantres lo ha asesinado.

27. Preparativos

Celi no entendía lo que decía su cuñado. No quería irse otra vez de su casa ni de su barrio.

—Hay que estar unos días fuera de Pan Bendito, al menos hasta que las cosas se calmen —le explicó Cosme.

—Es por lo de la niña, se la llevaron unos hombres, ¿verdad?

—Prefiero que no sepas mucho.

Cosme se quedó todo el día con su cuñada en casa, se había hecho con una pistola y dos cargadores, suficiente para resistir si los hombres de Aurelio iban a por ellos.

Las cosas para Alí eran mucho más complicadas, había blindado su dúplex, tenía apostados a varios chicos que vigilaban las calles por si se aproximaba alguno de los matones del clan de los Rubios. El cantante tenía un par de amigos metidos en el negocio de la droga y le habían prometido darle todo su apoyo, aunque Alí no se fiaba del todo. Aurelio era demasiado temido, muy pocos querían enfrentarse a él.

—¿Cómo estás? —preguntó a su novia que había dormido prácticamente todo el día.

—Creo que deberíamos irnos lo más lejos posible. Nos podemos casar en Punta Cana, llevar a nuestros padres y algunos amigos. Allí estaremos a salvo.

—Yo no me escondo como una rata, todos los medios están invitados a la boda. Es una operación de mercadotecnia, vamos a salir hasta en los telediarios.

—¿Y si hace algo en la ceremonia? —preguntó la chica.

—No será tan tonto, sabe que entonces se le echaría encima la policía y eso no le conviene. Si nos hace algo lo intentará de manera sutil, sin levantar sospechas.

La joven no estaba tan segura, Aurelio estaba furioso y parecía tan fuera de sí como para intentar cualquier acto desesperado de venganza.

—Tengo miedo.

El cantante la abrazó, después comenzó a besarla.

—Tranquila, sé cómo son estos gánsteres, me he criado con ellos. Se les va la fuerza por la boca. Estamos protegidos, ese cabrón sabe que si me hace algo empezará una maldita guerra.

Cuando llegaron a la comisaría comprobaron todos los datos de la nueva víctima, era una usuaria habitual de las aplicaciones de citas.

La última la había realizado con un tal Trovador. Sabían que todos los datos eran falsos, pero sí había una nueva rima de Gustavo Adolfo Bécquer.

Como la brisa que la sangre orea
sobre el oscuro campo de batalla,
cargada de perfumes y armonías
en el silencio de la noche vaga;

símbolo del dolor y la ternura,
del bardo inglés en el horrible drama,
la dulce Ofelia, la razón perdida,
cogiendo flores y cantando pasa.

—La dulce Ofelia —dijo Adela.

—Imagino que se refiere a la Ofelia de *Hamlet,* ya sabes, la obra de teatro de William Shakespeare.

La inspectora negó con la cabeza.

—Hamlet, que ha perdido a su padre, parece enamorado de Ofelia, pero su hermano Laertes le advierte de que el amor del príncipe no es verdadero. Tras una larga trama, usan a la chica para demostrar que el príncipe está loco. Hamlet mata al padre de Ofelia, y esta se quita la vida, ahogándose en un lago.

—No veo relación con la muerte de la última víctima —dijo Adela algo escéptica.

—No creo que tenga que ver con la víctima sino con el asesino.

Adela miró sorprendida a Santiago.

—Cañete nos habló del ángel de la muerte y luego puso un nombre.

Adela sacó el papel medio arrugado.

—Gemma Galgani.

Santiago la buscó en internet.

—Es una santa católica de origen italiano, que murió a principios del siglo XX. Al parecer murió muy joven, pero tuvo una lucha ardua contra el mal, numerosas tentaciones e incluso apariciones diabólicas en las que satanás se vestía como su confesor. El demonio la golpeaba, tiraba del pelo y la arrastraba.

—¡Joder! —exclamó Adela.

—Esta santa era muy venerada por la fundadora de las Operarias Parroquiales y que ya tenía visiones.

—¿Qué quiso decirnos Cañete?

—Pues yo pienso que quiso decirnos que alguien estaba moviendo a las monjas o hermanas a realizar los crímenes.

Adela le miró sorprendida.

—¿Piensas que no hay un asesino?

—Justo lo contrario, creo que hay un asesino, pero que en lugar de usar armas utiliza a personas.

28. La boda

La ceremonia no podía retrasarse. Los novios habían hecho un ensayo el día anterior y todo estaba listo para la celebración. Los novios apenas irían al convite por seguridad y la ceremonia sería muy corta, lo suficiente para que los medios pudieran sacar todo al día siguiente.

Cosme había pedido al coro de niños de la iglesia que participara, además del grupo de alabanza que solía cantar cada domingo en la iglesia.

La celebración estaba prevista para las doce del mediodía. Adela se puso sus mejores galas, no estaba oficialmente invitada a la boda, pero quería asegurarse de que no sucediera nada peligroso.

La parroquia de San Sebastián Mártir estaba preciosamente engalanada. El edificio de estilo mudéjar había sido reformado a finales del siglo XVIII, introduciéndole su actual estilo barroco. El altar mayor era sencillo, pero su color dorado frente al blanco de las paredes laterales le daba un aspecto elegante.

Los novios habían colocado una larga alfombra roja que se extendía más allá del templo. Los periodistas de todos los medios estaban en la entrada, y dentro del templo se había autorizado a dos agencias y las cámaras de un famoso canal de televisión. Aquello parecía más una boda real que la de un cantante de barrio y su novia de toda la vida.

Cosme se había vestido con sus mejores galas y su cuñada Celi se encontraba sentada en un lateral, cerca del altar mayor.

Los invitados habían llegado temprano, pero aún faltaba la mayor parte de la familia del novio, el novio y toda la familia de la novia.

Cosme vio entrar a su sobrina y suspiró aliviado.

—Hola, pensé que ya no venías.

—Bueno, no me perdería esto por nada del mundo. Veo que el ayuntamiento ha puesto a dos patrullas de policía.

—Esos inútiles no saben hacer una “o” con un canuto —bromeó el pastor.

—También están los guardaespaldas de Alí y algunos matones amigos suyos —dijo Adela mirando de reojo a los vigilantes vestidos con trajes elegantes a los lados de la nave.

—Como Aurelio se empeñe en hacer algo, no le parará nadie —apuntó Cosme.

—Aquí tendría muchas dificultades y saldría en todas las noticias. No creo que esté tan loco.

Cosme miró a su sobrina con cierta incredulidad.

—Pues yo pienso justo lo contario. ¿Cómo va tu caso?

—Bueno, en cuanto termine la ceremonia iré con Santiago al convento donde creemos que se esconde el asesino.

—¿Un convento? Por Dios, ya ni la iglesia es un sitio seguro.

Santiago se acercó hasta ellos.

—¿Este es el famoso Santiago Arteaga?

—No sabía que era famoso.

Adela fulminó a su tío con la mirada.

—Mi sobrina me ha hablado de tus habilidades. Siento mucho lo de Cañete, me he enterado de rebote.

—Mañana es el entierro, pensaba decírtelo –contestó Adela.

Primero llegó la familia de la novia. No tardó mucho en llegar la del novio. La familia del novio comenzó a llenar las sillas delanteras, unos diez minutos más tarde se escuchó una música y entró Alí Sierra del brazo de su madre.

Todos se pusieron en pie. Cosme se colocó en el altar y el coro de niños cantó su primera canción.

El novio se puso con la madrina delante de un largo butacón de terciopelo.

—Esperemos que todo salga bien —dijo Cosme al novio.

—Tranquilo. ¿No estamos en la casa de Dios?

—La casa de Dios no protege de las balas —contestó Cosme al novio, mientras les avisaban desde la puerta que la novia estaba a punto de llegar.

29. Predicación

La misa de las mañanas era privada, únicamente participaban las hermanas, el sacerdote después de toda la ceremonia se acercó al pequeño atril y comenzó a predicar al pequeño grupo de religiosas.

—Santa Gemma Galganni fue la que inspiró a nuestra querida fundadora Magdalena Aulina. Nuestra fundadora recibía de Santa Gemma sus visiones, algunas fueron reveladas, pero otras no. Ya que nuestra pequeña comunidad siempre ha tenido enemigos peligrosos. Yo he ido describiendo las visiones de nuestra fundadora este último año. Desvelando sus profecías y cómo combatir al mal. Ahora toca la última revelación.

El hombre sacó un librito rojo y miró a las hermanas, todas parecían excitadas ante la perspectiva de escuchar la última revelación de su fundadora.

“Queridas hermanas, hijas de Dios y trabajadoras por Cristo. Nuestra hermosa iglesia será terminada y se convertirá en un lugar de peregrinación para toda la cristiandad. La humanidad avanzará mucho en la ciencia y habrá maneras nuevas de hacer el mal, no practiquéis sus mismas cosas y evitar que esas cosas os dominen. Una nueva guerra asolará Europa, vendrá del oso dormido, que cuando despierta, tras un largo invierno, siempre está hambriento. Los hombres querrán buscar de nuevo un hogar en el espacio, pero esta es nuestra única casa creada por Dios. La ciencia se desprestigiará, se querrá mezclar animales y personas. Una guerra santa aparecerá pronto entre el islam y la cristiandad, lo que despertará de nuevo el corazón de occidente. Purificar la tierra para que todo esto acontezca, usar la espada y terminar con la lujuria, la avaricia, la soberbia y todos los pecados que se levantan contra Dios”.

Las mujeres de la congregación parecían asombradas por las palabras que les había legado su fundadora.

El sacerdote cerró el libro y comenzó a decir:

—Hemos hecho la buena obra, pero todavía no hemos conseguido nuestro propósito, algunas de nuestras hermanas no parecen estar convencidas de la misión. Además se están interponiendo los supuestos agentes de la ley, que no hacen nada para detener el mal, pero sí quieren impedir que cumplamos nuestra misión. ¡Que Dios nos dé fuerzas y voluntad!

—¡Que Dios nos dé fuerzas y voluntad! —respondieron al unísono.

Al terminar la ceremonia el sacerdote mandó llamar a dos mujeres.

—Estos son los inspectores que están investigando, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, padre —dijeron las dos mujeres.

Cuando se quedaron a solas la más joven miró a la otra hermana.

—Creo que nuestra fundadora no aprobaría algo así. Estamos matando a mujeres inocentes.

—Ya sabes que lo hacemos para que dejen esas costumbres nefandas. Esas aplicaciones fomentan la lujuria.

—Son mujeres como nosotras. Matarlas está en contra de la ley de Dios.

—¿Estás cuestionando las órdenes que nos dejó nuestra fundadora?

La joven se quedó pensativa.

—¿Dónde está la hermana principal? El padre nos dijo que había ido a un largo viaje por América, pero no hemos sabido nada de ella desde hace meses. Antes las cosas eran diferentes.

La hermana frunció el ceño y le dijo a la neófita:

—Será mejor que vayas a tu cuarto a rezar, estás afrentando a Dios por tu comportamiento.

La joven se dirigió a su cuarto, apenas llevaba un año en el grupo. Al principio había comenzado con mucha ilusión, pero desde la llegada del nuevo sacerdote todo se había convertido en una locura. Hasta ahora ella no había sido enviada a ninguna “misión especial”. No estaba segura de poder hacerlo, le daba pánico la sangre y, sobre todo, algo le decía en su conciencia que estaba mal lo que hacían, que Dios no podía aprobar algo así. Miró las rejas de su ventana, se sentía encerrada en una cárcel. No podía comunicarse con el mundo exterior. Debía intentar escapar de allí cuanto antes y contar al mundo lo que estaba sucediendo, pensó mientras se tumbaba en la cama y le pedía a Dios fuerzas para poder escapar cuanto antes de aquel infierno.

30. La venganza se sirve fría

Todo el mundo estaba en tensión cuando entró la novia en la iglesia. Cosme intentó no ponerse en lo peor, tal vez todos sus temores fueran infundados, pero si sucedía algo en el templo, la simple estampida de la gente podía producir decenas de heridos y muertos.

Adela y Santiago estaban atentos a las entradas laterales y el resto de los guardaespaldas vigilaban constantemente al público, a pesar de que todos habían tenido que enseñar su invitación.

La novia llegó hasta el altar y su padre se la entregó al novio.

—Gracias —dijo Alí mientras se colocaba al lado de su futura esposa.

—Estamos aquí en esta mañana para unir en santo matrimonio a esta pareja. Son de sobra conocidos por todos, muchos los llaman los reyes de Pan Bendito. Yo los he visto crecer desde niños y lo que les deseo es que, aferrados a Dios, sean capaces de reconocer que de él viene todo don y privilegio, que de espaldas a él lo único que podemos esperar es desolación y soledad.

Mientras las palabras del pastor retumbaban por toda la inmensa capilla, nadie se percató de que un francotirador estaba agazapado en la plataforma que se extendía por toda la iglesia. El especialista miró por el objetivo primero al pastor, después a Alí y se detuvo al final en Sali.

Adela vio un resplandor cerca de los ventanales y sacó el arma, miró hacia los destellos y le pareció observar la punta de un rifle.

—¡Cuidado! —gritó y los novios se agacharon.

La bala pasó rozando la cabeza de la novia, el público comenzó a gritar y los primeros invitados corrieron al pasillo para escapar de la capilla. Enseguida la gente comenzó a tropezar entre sí. El pasillo central se colapsó, la gente pisoteaba a los que estaban en el suelo y en unos segundos todo se había convertido en un caos.

Adela y Santiago dispararon hacía el francotirador, no lograron alcanzarlo, aunque alcanzó la pared y distrajo al tirador.

—Saquémoslos de aquí —dijo Adela a su compañero.

Agarraron de los brazos a los novios y los llevaron a la sacristía, mientras Cosme se escondía detrás del altar, esperando que alguien lograra abatir al asesino.

Estaban llegando a la puerta de la sacristía cuando sonó otro disparo, Santiago se colocó delante de la novia para protegerla y sintió un fuerte dolor en la espalda.

Adela comenzó a disparar, pero no pudo evitar que un tercer disparo alcanzase a la novia en la cabeza. La inspectora afinó la puntería y dio al asesino, que cayó rodando desde la cornisa y se

estrelló entre los bancos.

Mientras Alí abrazaba a su novia entre lágrimas, Adela fue a ver a su compañero. Lo incorporó un poco y este le sonrió.

—Ya te dije que no me sentaba bien Madrid. Creo que me voy a ir de esta ciudad.

—Pero si acabas de llegar —le contestó Adela.

Uno hilo de sangre comenzó a salir por la comisura de la boca del inspector.

—Por favor, dile a mis padres que siento irme tan pronto.

—No seas tonto, solo es una bala.

—Me ha perforado el estómago, me desangraré antes de que llegue la ambulancia. Atrapa a ese cabrón y al asesino. Yo ya no puedo ayudarte.

—No digas eso —le pidió la joven mientras abrazaba al inspector.

—Me alegra mucho haberte conocido. Eres una mujer maravillosa y estoy seguro de que algún día harás muy feliz a algún hombre.

Los ojos del inspector se apagaron, su mirada se quedó congelada, mirando a la nada infinita. Enseguida notó Adela la rigidez y que el alma de Santiago había dejado su cuerpo.

Cosme se acercó a ellos y abrazó a su sobrina.

—Lo siento mucho.

Adela no supo qué responder, se quedó de rodillas frente al cuerpo de Santiago, sintiendo que una vez más la muerte le robaba lo que más quería, como si de alguna manera el destino se hubiera empeñado en que nunca fuera feliz.

31. Venganza

Adela se sentía desolada, había perdido a dos compañeros en dos días, pero para ella Santiago era mucho más que un colega, estaba empezando a enamorarse de él.

Cosme y su madre acompañaron a la inspectora hasta su apartamento. Le aconsejaron que se diera una ducha e intentase recuperar un poco el ánimo.

Mientras el agua caía sobre el cuerpo de la joven inspectora no dejaba de dar vueltas a la cabeza. La escena del tiroteo acudía una y otra vez a su mente, las imágenes le golpeaban como latigazos. Salió de la ducha temblando. Su madre le había preparado un caldo caliente y envuelta en la manta comenzó a tomarlo despacio. Notó cómo el líquido hirviendo le pasaba por la garganta y, de alguna manera, lograba relajarla un poco.

—El clan de los Rubios ha hecho lo impensable, jamás había sucedido algo así en Madrid. Además de las dos personas alcanzadas por las balas y el asesino, hay otros dos muertos y veinte heridos —dijo Cosme mientras su cuñada fruncía el ceño.

—No creo que sea buena idea sacar el tema.

—Tienes razón, perdóname Adela. Tu madre es más sabía que yo.

—Esto no puede quedar así. Tenemos que terminar con el Clan de los Rubios, Aurelio tiene que pagar por todos sus crímenes.

Celi miro a su hija con preocupación. Su familia había vivido durante generaciones con el estigma de la venganza, pero esta nunca llevaba a nada bueno.

—Dios es el que pagará a cada uno según merezca, suya es la venganza.

—Tu madre vuelve a tener razón.

—Puede que así sea y eso sirva para los cristianos, pero yo solo creo en un juicio y una vida para ejecutarlo. ¿Qué va a hacer Alí y sus hombres?

El pastor se encogió de hombros.

—Márcame su número.

—No es buena idea Adela, lo sabes muy bien.

—Madre, soy policía y tengo que detener a ese asesino.

Cosme marcó el teléfono y Alí no tardó mucho en contestar.

—¿Cómo estás? —preguntó el pastor a Alí. La voz del cantante se quebró por unos instantes.

—Vamos a ir a su casa y ajustarle las cuentas.

—¿Piensas que es buena idea? Sería mejor que actuase la policía.

—La policía necesita pruebas, cuando puedan reunirlas ese cabrón puede encontrarse en cualquier parte del mundo. En una hora nos

vamos para allí.

—Hola Alí, soy Adela. Yo también he perdido un compañero, quiero ir con vosotros.

Se hizo un silencio.

—Lo siento, eres una policía. Nosotros no vamos a capturar vivo a nadie. Ojo por ojo y diente por diente.

El cantante colgó el teléfono y Adela miró a su tío.

—Llévame en coche.

—No iréis a ninguna parte, ya ha habido demasiados muertos —comentó Celi asustada.

—Mientras ese cerdo esté suelto nuestra vida estará en peligro. Nos la tiene jurada —le contestó su hija.

—Da igual, estamos en manos de Dios.

—¿Cómo lo estaba papá y Ana? Prefiero arreglar mis asuntos yo misma.

La joven se vistió y cinco minutos más tarde estaban camino de Pan Bendito. No sabía cómo iban a sacar a aquella rata de su madriguera, pero estaba dispuesta a todo.

32. Fuga

La chica salió con su hermana del convento, las dos debían ir juntas en busca de los inspectores. El sacerdote les había facilitado sus lugares de residencia y un arma.

Tomaron el metro y se dirigieron primero a la casa del inspector. Su nombre era Santiago Arteaga. Llamaron al telefonillo varias veces, pero no obtuvieron respuesta.

—¿A quién buscan? —les preguntó el portero que llevaba un rato observándolas. Al principio pensó que se trataba de dos Testigos de Jehová por su indumentaria.

—Buscamos a Santiago Arteaga —dijo la hermana.

—¿No se han enterado? Ha muerto, al parecer en un tiroteo en una iglesia. Era un joven encantador. Una gran pérdida.

Las dos mujeres se miraron sorprendidas, como si la divina providencia estuviera haciendo su trabajo.

—Muchas gracias —dijeron antes de salir del portal.

El nuevo destino de las dos hermanas era el apartamento de Adela Palazuelo, la otra inspectora del caso. Tardaron algo más de media hora en atravesar la ciudad. La joven no dejaba de dar vueltas a todo aquello. Se había librado de hacer daño al policía, pero ahora no podría evitar acabar con la vida de la inspectora.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —preguntó al fin la chica a su compañera.

—Es la voluntad de la Virgen, tenemos una misión y, aunque haya que hacer sacrificios, es mejor romper con el estado de cosas en el que está inmerso este mundo.

—¿Sembrando el pánico entre mujeres inocentes?

—No son inocentes, son pecadoras, no hay nadie inocente. Todos necesitamos ser purificados. Ya has escuchado las profecías de nuestra señora.

—No decía que teníamos que matar.

—Bueno, el sacerdote es el que habla por ella ahora.

Las dos mujeres llegaron a la calle en la que vivían Adela, llamaron al telefonillo y les contestó una voz de mujer.

—Adela no está en este momento.

—¿Podríamos subir y esperarla? —preguntó la hermana mayor.

—Bueno, suban y les prepararé un café.

Las dos mujeres subieron a la casa. Las recibió una mujer muy afable que se presentó como la madre de Adela.

—Espero que no tarde mucho. Hoy ha sido un día muy duro para todos nosotros. Esperemos que Dios dé paz a las familias.

La más joven se sorprendió ante las palabras de la mujer.

—Dios lo quiera —contestó con el corazón en un puño. Ahora estaba completamente convencida de que debía parar aquella locura cuanto antes.

33. Aurelio

Cuando Alí llegó a las inmediaciones de la casa vio todo cerrado a cal y canto. Eran una veintena de hombres, aunque no sabían qué iban a encontrarse dentro. Adela y su tío no tardaron mucho en aparcar en las inmediaciones.

—Los van a masacrar. No son expertos como los hombres de Aurelio —dijo Cosme.

—Además están guarecidos en la casa. Dicen que algunas casas tienen hasta un túnel para escapar en caso de emergencia.

—Aurelio no es de los que huyen —comentó su tío.

Adela bajó del coche y Cosme intentó detenerla.

—Es demasiado peligroso. Vamos a esperar y ver qué sucede.

En ese momento Alí y sus hombres se habían agazapado detrás de los coches, cubriendo las ventanas de la casa mientras dos hombres intentaban reventar la puerta.

Los silbidos de las balas comenzaron a escucharse por todas partes. Los hombres de Alí respondieron y durante unos diez minutos todo fue confusión y olor a pólvora.

Los primeros hombres de Alí atravesaron la puerta y el resto se colocó en el muro, al resguardo de los tiradores de las ventanas. El problema era atravesar el patio sin ser abatido.

Adela aprovechó para acercarse a los coches y su tío Cosme terminó por seguirla.

—Vas a conseguir que nos peguen un tiro. Le advirtió.

—Cuando estuve encerrada en la casa me di cuenta de que había un pasillo lateral, debían ser los antiguos corrales de la casa. Mientras que Alí intenta entrar por la puerta principal, nosotros lo haremos por una de las laterales.

Los hombres de Alí habían sufrido media docena de bajas cuando lograron reventar la puerta principal de la casa. En cuanto intentaron atravesar el recibidor una lluvia de balas cayó sobre ellos.

Adela no sabía el número de matones que tenía Aurelio, pero calculaba que debían superar los veinticinco. La mayoría estaban ahora intentando parar a los hombres de Alí en el recibidor. Habían dejado las ventanas y se concentraban en detener a los asaltantes.

Adela y Cosme se escondieron detrás de un coche que estaba agujereado por todas partes y probaron por la pequeña puerta lateral. Estaba cerrada, la inspectora reventó la cerradura de un disparo y lograron acceder a lo que parecían las cuadras. Caminaron por la larga sala agazapándose a cada paso y vieron la puerta que comunicaba con el cuarto en el que había estado encerrada.

—Es aquí, pero no sabemos qué podemos encontrarnos al otro lado.

Será mejor que te quedes aquí.

—¿Te has vuelto loca? No pienso dejarte sola en un momento así.

Adela disparó a la cerradura y después empujó la puerta con el hombro, esta cedió y entró en un cuarto a oscuras. Cosme la siguió. Había dos puertas, la inspectora no sabía cuál elegir. Los disparos se escuchaban por todas partes.

—Esa puerta da al salón, pero de esta no tengo ni idea.

—Por allí no se escuchan tiros, será más seguro —contestó el pastor señalando la otra puerta.

La inspectora giró el pomo y esta se abrió con facilidad. Vieron unas escaleras que llevaban a la primera planta. Al final había una nueva puerta. Los dos prepararon sus armas y entraron. Vieron un pasillo, al fondo dos matones disparaban hacia la planta baja. No los vieron y aprovecharon que estaban concentrados en los hombres de Alí para registrar el primer cuarto. Estaba vacío, repitieron la operación tres veces más hasta acceder a una habitación muy amplia. Lo que encontraron allí los sorprendió.

34. Tomar café

Celi fue a la cocina a preparar los cafés, allí aprovechó para mandarle un mensaje a su hija. Le decía que en la casa la esperaban dos mujeres que parecían monjas. Después le preguntaba cómo estaban y si tardarían mucho en llegar.

Las dos hermanas esperaban en el salón, la más joven no dejaba de darle vueltas en la cabeza a aquella situación.

—Será mejor que nos marchemos.

—No nos iremos hasta que cumplamos la misión —le advirtió su compañera.

—¿Qué piensas hacer a esta pobre mujer? Ella no tiene la culpa de nada.

—No podemos dejar testigos.

—Matar es un pecado, pero hacerlo a un inocente es aún peor.

—Dios ya se ocupará de ella en el otro mundo, si no ha hecho nada malo no tiene nada que temer.

Celi llegó con la bandeja, llevaba los cafés y unas magdalenas que había hecho el día anterior para su hija.

—Ya estoy aquí, perdonen la tardanza.

Dejó la bandeja en la mesita y sirvió el café.

—¿Ustedes son amigas de mi hija?

—No exactamente, pero tenemos que tratar con ella un asunto de vital importancia.

—Puede que se demore, si me dejan su teléfono las llamara en cuanto pueda.

—El asunto es muy grave y debemos hablar con ella en persona.

—Bueno, dejen su dirección y ella irá a buscarlas…

—No me entiende bien, nos quedaremos aquí hasta que venga.

En ese momento la mujer sacó su arma y Celi la miró horrorizada.

—Pero ¿qué quieren de mí?

—Tranquila —dijo la más joven, pero Celi se puso en pie y sacó el teléfono.

—Deje eso —le advirtió la religiosa.

—Voy a llamar a la policía.

—¿No ve que la estoy apuntando con un arma? No voy a dudar en disparar si es necesario.

Celi soltó el teléfono sobre el sillón. La religiosa hizo un gesto para que la otra le pusiera unas bridas en las manos.

Después la llevaron a un cuarto, las dos estaban muy nerviosas, pero la mayor parecía determinada a cumplir su misión costase lo que costase.

35. Los niños

Lo último que esperaban ver en la casa era a una mujer con tres niños pequeños. Al verlos entrar comenzaron a gritar asustados.

—Tranquilos. No os vamos a hacer daño.

—Tenemos que sacarlos de aquí —dijo Cosme mientras contemplaba los rostros aterrorizados de la familia.

—Llévatelos por donde hemos venido y llama a la policía.

—No puedo dejarte sola. Esto es un infierno.

—¿Quieres que les pase algo? Por favor, yo sé apañármelas solita.

Cosme abrió la puerta y comprobó que nadie los observaba, después indicó a la mujer y a los niños el camino, antes de salir por la puerta que llevaba a la planta baja se giró y miró a su sobrina.

—¿Estás segura?

La inspectora afirmó con la cabeza.

Adela comenzó a caminar por el pasillo y entró en el único cuarto antes de las escaleras. Un hombre se giró y la apuntó con un arma.

—Eres la última persona que pensaba ver.

—Suelta el arma. La policía está en camino, la única forma de que esto salga bien es que te rindas.

—¿Estás loca? Alí y sus hombres me pegarán un tiro en cuanto me vean. Por no hablar de que tú harás lo mismo, ¿verdad?

—Debería hacerlo, por tu culpa ha muerto mi compañero, un joven que estaba empezando en el cuerpo, un buen policía.

El capo se puso en pie y dio dos pasos hacia la mujer.

—¡Suelta el arma! Ya no te lo voy a decir más veces.

La mujer frunció el ceño, sabía que aquel tipo era muy peligroso, pero no era tonto. Ella llevaba puesto su chaleco antibalas y las posibilidades que tenía de sobrevivir eran mucho más altas.

—No puedo rendirme.

—Te sacaré por detrás. Mi tío ya ha puesto a salvo a tu familia.

—¿Cómo? ¿Qué habéis hecho? Alí los matará a todos.

—No le veo capaz.

—No sabes hasta qué punto el deseo de venganza nos nubla la mente.

El hombre seguía apuntándola, escucharon un cuerpo que caía escaleras abajo.

—Están muy cerca. Deja que te salve.

—¿Por qué ibas a hacer eso por mí?

La mujer miró de reojo a la puerta, parecía que los hombres de Alí ya estaban subiendo la escalera. Si no actuaba rápido se encontraría en un fuego cruzado y ya no podría hacer nada.

36. Misericordia

Encerraron a Celi en una habitación y la amordazaron.

—Todo esto es una locura —dijo la hermana más joven.

—Esperaremos a la inspectora.

—¿Vas a matar a esa mujer?

—Sabes que tenemos que hacerlo. Nos ha visto la cara.

La hermana más joven se fue hasta el cuarto y abrió la puerta. La mujer estaba tumbada sobre la cama con las manos atadas y una mordaza en la boca. Parecía que le costaba respirar. Entró e intentó tranquilizarla.

—No le vamos a hacer daño. Se lo prometo.

Celi hizo un gesto, le señaló el teléfono.

—No puedo llamar a la policía, pero le prometo que no haremos daño a nadie.

La puerta se abrió bruscamente y la otra religiosa entró en el cuarto.

—¿Qué haces aquí?

—Intento calmarla.

—Sal de aquí, será mejor que termine con esto.

—No —dijo la joven poniéndose en medio.

—Tenemos que hacerlo, ya sabes cuál es nuestra misión.

—No tenemos que hacerlo.

—¡Aparta! —gritó mientras la empujaba con brusquedad. La chica se cayó al suelo, pero antes de que su compañera apretase el gatillo logró empujar el arma. La bala impactó en el techo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

—No, ahora veo las cosas con claridad —dijo mientras intentaba arrebatarle el arma. Las dos forcejearon y comenzaron a rodar por el suelo. Entonces se escuchó un disparo y el suelo comenzó a teñirse de sangre.

37. Decisiones

—Suelte la puta arma si quiere salvar el pellejo.

El capo miró a la mujer con desprecio, pero antes de que pudiera darse cuenta notó que una bala le daba en la mano y soltaba el arma como un acto reflejo.

—Ahora venga para aquí. ¡Rápido!

El hombre se acercó a la mujer mientras se tapaba la herida sangrante de la mano. Fueron a la puerta, pero cuando llegaron al pasillo vieron a Alí y sus hombres subiendo las escaleras.

—¡No disparéis! —gritó el cantante.

Todos los hombres de Alí apuntaron a la chica, que protegía el cuerpo de Aurelio con el suyo.

—Me lo voy a llevar y le juzgarán por todos sus crímenes.

—No, nos lo vas a entregar. Ya ha muerto demasiada gente inocente por su culpa. Ya te lo dije, ojo por ojo.

—La venganza te llevará a la cárcel.

—Creo que ese límite ya lo he atravesado.

—Puedo ayudaros, testificar a vuestro favor. Os caerán siete u ocho años, pero a los tres podréis salir a la calle.

Alí comenzó a reírse y le imitaron sus amigos.

—Encima de todo lo que ha pasado, quieres que nos dejemos atrapar como ratas. Ya ha muerto demasiada gente, pero si no te apartas acabaremos primero contigo. No lo dudes.

Adela sabía que Alí hablaba en serio, sus ojos inyectados en sangre, aquella expresión de rabia y cómo apretaba la pistola indicaban que el tiempo se le estaba terminando y también la suerte.

—No os lo entregaré.

Después de pronunciar aquellas palabras comenzó a disparar, aprovechó la sorpresa de los matones para echar a correr con Aurelio, lograron llegar a la puerta justo cuando la acribillaban a balas.

38.Vida por muerte

La joven se incorporó, su compañera estaba en un charco de sangre. Se la quitó de encima y miró a Celi, después se echó a llorar.

Tras un rato desahogándose se puso en pie, se acercó a la mujer y la desató.

—¡Dios mío, es terrible!

—Al menos le he salvado la vida.

—Lo siento mucho, niña, deja que llame a la policía.

—No, esperaremos a su hija, ella es la única que puede terminar con todo este horror.

—Estás temblando, deja que te prepare una tila.

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina, Celi puso el agua a hervir.

—¿Cómo has llegado a este punto?

—A veces la inocencia es el peor de los pecados, creí a gente que no se merecía mi confianza. Muchas veces hay lobos vestidos de corderos.

—Te entiendo, yo he conocido a más de uno.

—Ahora las cosas ya no tienen solución, ha muerto mucha gente inocente.

—Pero puedes impedir que mueran más.

—Sí, eso es justo lo que quiero hacer, pero necesito que su hija me ayude.

Las dos mujeres tomaron la infusión en silencio. La joven con la mirada perdida, aún no se creía lo que acababa de pasar; la madre de Adela con la mente totalmente colapsada. En las últimas horas habían pasado demasiadas cosas para que pudiera asimilarlas. Además, le preocupaban mucho Cosme y su hija, se habían metido en la boca de otro lobo ellos solos, uno de los hombres más peligrosos de Madrid y dispuesto a hacer cualquier cosa para sobrevivir.

39. Lobo feroz

Mientras corrían escaleras abajo Adela se preguntaba por qué diantres estaba arriesgando su vida por un individuo como aquel. La conciencia es un extraño sistema que nos alerta sobre lo que está mal y lo que está bien. Podemos manipularla y alterarla, pero al final, como una brújula que siempre señala al norte nos indicará el camino a seguir.

Llegaron a la segunda puerta cuando Alí y sus hombres ya estaban en la primera y los disparos comenzaron a rebotar en la pared. Después corrieron por los viejos corrales, agazapándose, para evitar ser alcanzados y terminaron en el patio.

Un par de hombres de Alí les dieron el alto al verlos aparecer de repente, pero Adela obligó al mafioso a correr hasta que estuvieron fuera.

La inspectora buscó a su tío Cosme, este se encontraba junto al coche a unos 300 metros de la casa, debajo de unos árboles. En ese momento llovía muy fuerte, pero un poderoso olor a quemado hizo que se girasen.

—¡Mi casa! —exclamó Aurelio. Alí y sus hombres estaban prendiendo fuego a todo.

Corrieron hacia el coche, pero antes de que lograran alcanzarlo, se vieron rodeados por los matones del cantante.

—Deja ya de correr, ese cerdo va a recibir su merecido.

—Nunca recibirá lo que merece, al menos en esta vida —dijo la inspectora mientras le protegía con su cuerpo.

—Pues tendremos que acabar con los dos.

Todos los matones apuntaron y estaba a punto de disparar cuando las sirenas de siete coches de policía comenzaron a sonar.

Alí miró las luces azules a lo lejos y dio la orden de retirarse.

—¡Esta me la vas a pagar! —gritó a la inspectora mientras subía a su coche y desaparecía a toda velocidad en la dirección contraria a la que venía la policía.

Aurelio comenzó a reírse al ver a su enemigo escapar, Adela se dio la vuelta y le dio con todas sus fuerzas con la culata de la pistola en la boca. El individuo comenzó a sangrar como un cerdo.

—Esto es por Santiago y espero que te pudras en la cárcel, cabrón.

40. Regreso al convento

Lo último que esperaba Adela cuando llegó a su apartamento era encontrarse un cadáver. Su madre estaba temblando todavía y a su lado estaba una extraña chica, que aunque nerviosa, parecía anestesiada.

La joven le explicó quién era y por qué habían ido hasta allí.

—Su testimonio es suficiente para pedir a un juez que autorice una orden de registro —comentó Cosme.

—Sí, pero antes deberíamos entrar y parar a ese tipo. Me temo que pretende hacer algo gordo antes de desaparecer. Es suficientemente inteligente para saber que el tiempo se le acaba.

Cosme sabía que su sobrina tenía razón.

—Pero ¿cómo vas a entrar?

—Iremos hasta el convento, me haré pasar por la hermana asesinada y lo capturaré. El factor sorpresa es fundamental. Una vez que estemos dentro, tendrás que avisar a la policía, este es el teléfono del comisario. Di que estoy retenida dentro contra mi voluntad y que me encuentro en peligro de muerte.

Los tres se fueron hasta el convento, Adela se puso el abrigo de la religiosa muerta y las dos entraron sin dificultad en el complejo.

—¿Dónde está el despacho del sacerdote?

La joven le indicó que al fondo del pasillo.

—Quédate vigilando, voy a intentar encontrar más pruebas.

Adela entró en el despacho, miró en los archivos y después intentó abrir el ordenador, pero no logró hacerlo.

—¿Qué está buscando, hermana?

Escuchó una voz a su espalda. Cuando el sacerdote la vio se dio cuenta de quién era. Los dos forcejearon, el hombre iba armado, y al final golpeó a la inspectora y logró reducirla.

—Bueno, había ordenado que la matasen, pero veo que tendré que hacerlo yo mismo.

—¿Por qué ha matado a todas esas mujeres?

—Yo no he matado a nadie.

—Pero es el inductor.

El hombre se sentó en la silla de su despacho e imprimió su billete de ida para Brasil.

—Mi vuelo sale en dos horas. Podré empezar mi labor de nuevo en mi país.

—¿Su labor? Es un asesino.

—No, soy un ángel exterminador, limpio el mundo. Hasta hace treinta o cuarenta años las mujeres eran puras, los hombres intentaban corromperlas, pero ellas se resistían, ahora son todas unas putas.

—No sabe que existe una cosa llamada libre albedrío.

—Sí, claro. Ellas son libres, pero yo también. Hoy Dios no encontraría a una mujer como la virgen María para traer a su hijo al mundo. Son todas unas rameras.

—Dios es amor y misericordia —dijo Adela.

—También es justicia.

—Pero ¿de qué sirve que mueran unas mujeres inocentes?

—¿Inocentes? Son unas pervertidas, ya se lo he dicho. Si cunde el pánico, la gente volverá a la castidad.

—Entonces, ¿eran mujeres elegidas al azar?

—Sí, las que aceptaban primero las solicitudes.

—¿Y lo de la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer?

El hombre sonrió, después se guardó la tarjeta de embarque en el bolsillo.

—Esas poesías representan la inocencia del amor. Mi madre me las leía cuando era pequeño. Crecí creyendo en la pureza de las mujeres, hasta que vi lo que mi padre le hacía a mi madre. Entonces comprendí que todas eran unas guarras. Me hice sacerdote para poder salvarlas, pero ellas no quieren que nadie las salve.

—¿Cómo acabó en esta congregación?

—Eso fue lo más sencillo de todo, pedían un sacerdote y acepté la solicitud desde Brasil. Mi madre era española y siempre he dominado los dos idiomas. Al principio me limité a hablar a estas mujeres, creía que eran diferentes a las otras. Hasta que descubrí que una tenía una aplicación de citas. Cuando se lo comenté a la superiora, me dijo que las hermanas no habían hecho votos y que sería algún amigo, para conocer a gente. Maté a esa cerda y después a la que tenía la aplicación. Están enterradas en el jardín, más tarde utilicé el libro de visiones de la fundadora para convencer a las otras. Han hecho una gran labor, pero me tengo que ir. Encantado de haberla conocido —dijo el hombre mientras levantaba el arma.

Justo en ese momento la joven abrió la puerta con fuerza y golpeó al sacerdote en el hombro, el arma cayó al suelo. El hombre intentó recuperarla, pero la joven fue más rápida.

—Mata a la policía, ella es una más de las impuras.

—No, padre. Usted es un asesino.

—Nunca he matado a nadie que no lo mereciera.

El hombre se abalanzó hasta la joven, pero esta disparó varias veces el arma sobre él antes de que lograra alcanzarla. El sacerdote se desplomó en el suelo en medio de un charco de sangre.

—Por fin ha terminado esta pesadilla —dijo la chica. Después se apuntó a la sien y uso la última bala que le quedaba.

Adela no pudo evitarlo, vio a la chica derrumbarse. Tomó su teléfono y llamó a Cosme. Este ya se había puesto en contacto con la

policía unos minutos antes. Cuando entró en el convento vio la cara de Adela, la abrazó mientras el sonido de sirenas llenaba la tranquila calle del barrio de La Atalaya.

Epílogo

El entierro de Cañete fue al día siguiente, pero el de Santiago Arteaga tuvo que esperar un par de días. Su familia quería que estuviera en el panteón de la familia en Bilbao. Adela fue con un par de compañeros al sepelio. Fue muy triste, los padres y hermanos no paraban de llorar. Todo el mundo adoraba a Santiago.

En el cementerio había algo más de cincuenta personas, los operarios cargaron el ataúd hasta el panteón, un pequeño edificio con forma de templete griego. Dejaron el cuerpo y comenzaron a cantar una vieja canción en euskera.

Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo.
Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo.

Bainan, honela
ez zen gehiago txoria izango
Bainan, honela
ez zen gehiago txoria izango
eta nik...
txoria nuen maite
eta nik...
txoria nuen maite.

Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo.
Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo.

Bainan, honela
ez zen gehiago txoria izango
Bainan, honela
ez zen gehiago txoria izango
eta nik...
txoria nuen maite
eta nik...
txoria nuen maite.

lara lala...[3].

Adela comenzó a llorar a la vez que el cielo de Bilbao lo hacía sobre la comitiva vestida de negro. Mientras regresaba al coche pensó en cómo habría sido su vida con Santiago, tal vez con él habría recuperado la vida que había perdido hacía tanto tiempo. En cierto sentido se sentía condenada a ser infeliz para siempre, destinada a perseguir de por vida a lo peor de la sociedad, aunque ya no creyese ni en la justicia humana ni en la divina.

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?
Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.
"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".
Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está

contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.
Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA
"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".
Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.
Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.
¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?
EL INOCENTE
"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".
Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.
Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.
¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

“Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas.

Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.
Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.
Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

[1] Según Diccionario de la Real Academia Española.
[2] Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer.
[3] Txoria txori: El Pájaro es pájaro
Si le hubiera cortado las alas
habría sido mío,
no habría escapado.
Si le hubiera cortado las alas
habría sido mío,
no habría escapado.
Pero así,
habría dejado de ser pájaro.
Pero así,
habría dejado de ser pájaro.
Y yo...
yo lo que amaba era un pájaro.
Y yo...
yo lo que amaba era un pájaro.
Si le hubiera cortado las alas
habría sido mío,
no habría escapado.
Si le hubiera cortado las alas
habría sido mío,
no habría escapado.
Pero así,
habría dejado de ser pájaro.
Pero así,
habría dejado de ser pájaro.
Y yo...
yo lo que amaba era un pájaro.
Y yo...
yo lo que amaba era un pájaro.

Lara lara....